

# Acequiñas

AÑO 18 PRIMAVERA 2015  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN

REVISTA DE DIVULGACIÓN  
ACADÉMICA Y CULTURAL

66

## Aprendizaje en rizoma hipertextual

Metafísica y antropología

Las "realidades históricas"

+ reseña, cuento, poesía







Únete  
Vive en movimiento

educacionjesuita.mx

Sé parte de una nueva generación  
Inscríbete al semestre Otoño 2015, durante el mes de abril y  
aprovecha el bono de descuento de \$1,600.<sup>00</sup>

Promociones para alumnos de nuevo ingreso:  
40% beca a alumnos de Ingenierías (con promedio superior a 8).

#### LICENCIATURAS

- Administración de Empresas
- Administración de Negocios de la Hospitalidad
- Arquitectura
- Comercio Exterior y Aduanas
- Comunicación
- Contaduría Pública y Consultoría de Negocios
- Derecho
- Dirección Comercial y Mercadotecnia
- Diseño Industrial
- Educación y Práctica Docente
- Nutrición y Ciencia de los Alimentos
- Psicología

#### INGENIERÍAS

- Ingeniería Ambiental
- Ingeniería Civil
- Ingeniería Industrial
- Ingeniería Mecánica y Materiales

#### Más Información:

T. 705 1098 | 01 800 112 IBERO  
admission@iberotorreon.edu.mx

[iberotorreon.edu.mx](http://iberotorreon.edu.mx)

# Acequias

Número 66. Enero-abril de 2015

#### Universidad Iberoamericana Torreón

Héctor Acuña Nogueira, SJ  
*Rector*

Zaide Seáñez Martínez  
*Directora General Académica*

Luis Arturo Macías Medina, SJ  
*Director General Educativo*

Jaime Muñoz Vargas  
*Coordinador del Centro de Difusión Editorial*

Julio César Félix Lerma  
Jaime Muñoz Vargas  
*Revisión y edición*

Ileana del Río  
Raúl Alberto Blackaller V.  
Daniel Lomas  
Julio César Félix Lerma  
Jaime Muñoz Vargas  
*Comité Editorial*

Este ejemplar de *Acequias* fue ilustrado con fotografías que —estilizadas con el efecto de trama de puntos— muestran imágenes arquitectónicas y decorativas de la Ibero Torreón.

# Índice

- 4 **Editorial**
- 5 **Aprendizaje en rizoma hipertextual**  
Claudia Guerrero Sepúlveda
- 8 **Metafísica y antropología. Tres preguntas en una y una respuesta abierta**  
Sergio Espinosa Proa
- 13 **Diez tips para ser un panelista intratable**  
Fabián Vique
- 15 **Teoría del complot en *El camino de Ida***  
Sergio Antonio Corona Páez
- 18 **Las “realidades históricas”**  
Gerardo García Muñoz
- 20 **La pasión de la reina de hielo**  
Eve Gil
- 24 **Uno tiene su aullido**  
Renata Iberia Muñoz
- 26 **De *Defensa de la poesía***  
Rodolfo Alonso
- 28 ***Conducta o la vida a contracorriente***  
Sergio Garza Saldívar
- 30 **Un trío**  
Eusebio Ruvalcaba
- 32 **Uncle Henry’s @ I Can’t Believe It’s Not Capitalism!**  
Patricio Garza Rabatté
- 34 **Élmer insiste**  
Jaime Muñoz Vargas
- 36 **La hora del lobo**  
Armando Oviedo Romero
- 38 **Cuaderno escolar de poesía**  
José Guadalupe Castro González
- 40 **Dos poemas**  
Gabriel Granados Gutiérrez
- 41 **Laguna clara**  
Julio César Félix
- 42 **Muestra del Taller Literario**  
Andrés Alberto Guerrero  
Fernando Cuadros

Edición Primavera 2015. Octava época, año 18. Revista de divulgación publicada y distribuida por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón. *Acequias* aparece tres veces por año. Sugerencias y colaboraciones: Centro de Difusión Editorial, Universidad Iberoamericana Torreón, Calzada Iberoamericana 2255, C.P. 27020, Torreón, Coahuila. Edificio F planta baja. Teléfono: (871) 705 10 10 ext. 1135. Correo electrónico: [publicaciones@iberotorreon.edu.mx](mailto:publicaciones@iberotorreon.edu.mx) Número de reserva al Título en Derechos de Autor: 04-2006-032716162900-102. Número de Certificado de Licitud de Título: 10825, y Número de Licitud de Contenido: 8708, otorgados por la Secretaría de Gobernación. Las opiniones de los colaboradores no representan la postura institucional de la Universidad y son responsabilidad de los autores.

Con este número 66 *Acequias* llega a 18 años de vida como revista divulgativa de la Universidad Iberoamericana Torreón. Buena parte de esos años apareció bajo el rectorado del ingeniero Héctor Acuña Nogueira, SJ, quien apoyó no sólo este espacio editorial, sino muchos otros que han convertido a la Ibero Torreón en la institución de su tipo más productiva de La Laguna en términos editoriales. Pues bien, el ingeniero Acuña dejó la rectoría en mayo de este año, razón por la que, desde aquí, agradecemos sus buenas acciones y le deseamos éxito en sus futuras responsabilidades dentro de la Compañía de Jesús, tanto éxito como el que queremos para Guillermo Prieto Salinas, SJ, nuevo rector de nuestra Universidad.

*Acequias* 66 contiene una amplia dotación de colaboraciones en al menos cuatro géneros. El apartado ensayístico abre la revista, y en él aparece un comentario de la maestra Claudia Guerrero Sepúlveda sobre el aprendizaje rizomático, es decir, la forma de aprender multiplicada gracias a los hipertextos de la WWW. Luego, de Sergio Espinosa Proa, un amplio ensayo filosófico en torno a las tres preguntas que la Grecia clásica acuñó para que la humanidad intentara responderlas: qué sé, qué hago y qué espero. En un tono muy distinto, el escritor argentino Fabián Vique nos convida un análisis

socarrón sobre lo que significan hoy los paneles televisivos, esas mesas de debate que ya son parte infaltable del poder —y muchas veces del abuso— televisivo. El doctor Sergio Antonio Corona examina un fleco no poco importante de la realidad nacional: el de la evasión gubernamental de su responsabilidad histórica ante el sostenido deterioro de la calidad de vida material (que deriva en la otra, la espiritual) de los mexicanos.

De Gerardo García Muñoz y Eve Gil, ambos escritores nacidos en el norte de México, traemos sendos ensayos literarios, uno sobre la novela *El camino de Ida*, de Ricardo Piglia, y otro sobre la escritora suiza Fleur Jaeggy. Después, un par de acercamientos a la poesía: uno de Renata Iberia Muñoz a propósito de la muerte del gran poeta mexicano Max Rojas, y cuatro apuntes tomados del libro *Defensa de la poesía* (editado en 2014 por la Universidad Veracruzana y la Ibero Torreón) del escritor argentino Rodolfo Alonso. Para cerrar el espacio crítico, una reseña de Sergio Garza Saldivar sobre *Conducta*, película cubana dirigida por Ernesto Daranas.

Al final, dos apartados dedicados a la creación narrativa y poética. Todo esto contiene *Acequias* 66 y esperamos que sea un número no sólo útil sino —y esto es acaso más importante— disfrutable.

Jaime Muñoz Vargas

## Aprendizaje en rizoma hipertextual

Claudia Guerrero Sepúlveda

El modelo de comunicación rizomático consiste en la idea de que la información puesta en común se transfiere entre emisores y receptores que siguen rutas en las que la organización de los nodos (emisores o receptores) así como las direcciones o sentidos de la comunicación entre ellos no siguen líneas de subordinación, carecen de una base o raíz que dé origen a las demás ramas y entre ellos se pueden asociar o relacionar sin importar su posición, careciendo de centro o de un punto de origen. Este modelo instrumentalizado en la WWW a partir de los hipertextos encaja particularmente bien con el modelo de cómo pensamos, de cómo entendemos y también de cómo podemos plantear a otros los procesos de explicación acerca de cómo conocemos, auxiliado ahora por imágenes, sonidos y/o textos que apoyan la comprensión. De igual forma a cómo se hace en los libros, sólo que ahora la adquisición no es secuencial o lineal sino que puede ser explorada en anchura y en profundidad hacia otros lugares con textos explicativos o demostrativos que incluso pueden darle otro giro a las intenciones iniciales con las que se comenzó la lectura, todo gracias al hipertexto, que en su sentido extenso es realmente un hipertexto.

Asumiendo que la comunicación es un sistema de transmisión de cono-

cimientos, intuimos que se encuentra fuertemente asociada a lo que es el saber y a cómo es que llegamos a saber lo que sabemos, de manera tal que los modelos de las acciones comunicativas también reflejan la forma en la que aprendemos. Si el proceso de enseñanza-aprendizaje se implementa desde la exposición del profesor sin la participación del alumno, tenemos un modelo simple E-R; si lo ubicamos entre uno de tipo EMIREC, existe la participación activa entre el profesor y los alumnos; si lo comprendemos entre varios sin conexión jerárquica ni asociación previamente establecida, tenemos el modelo hipertextual rizomático.

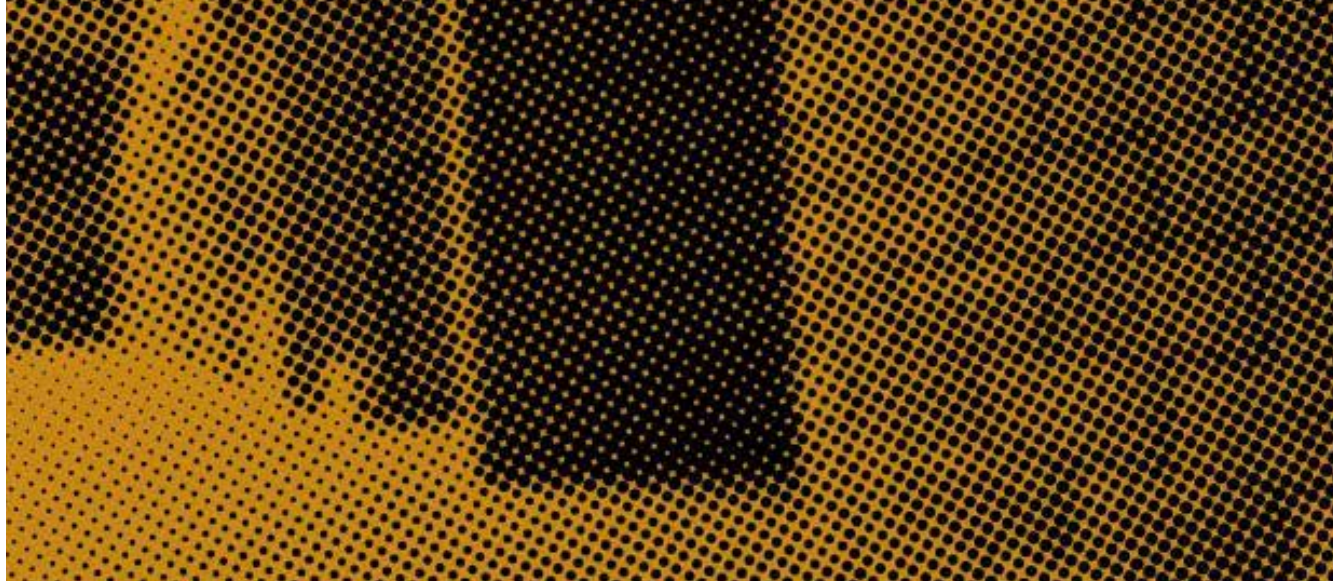
Deleuze y Guattari<sup>1</sup> sostienen el antifundacionalismo basados en el modelo rizomático; en éste se afirma que la estructura del conocimiento no se deriva de un conjunto de primeros principios sino que se elabora simultáneamente desde todos los puntos de vista y bajo la influencia recíproca de las distintas observaciones y conceptualizaciones. Esta forma de concebir los saberes refleja la estructura genuina de la naturaleza más que la estructura convencional de las disciplinas cognoscitivas.

Visto así, podemos decir que aprendemos mediante procesos comunicativos de transferencia, participando y construyendo conexiones en entornos de red a partir de asociaciones de tipo rizomático.

### Claudia Guerrero Sepúlveda

(Torreón, Coah., 1961). Ingeniera Química por la Universidad Autónoma de Guadalajara. Maestra en sistemas, planeación e informática, Maestra en educación y desarrollo docente, y Maestra en Historia de la Sociedad Contemporánea por la Universidad Iberoamericana Torreón. Profesora en la Facultad de Ciencias Químicas de la UAG, y en el departamento de Ingeniería de la Ibero Torreón desde 1994. Ha participado en las revistas *Vínculos*, *Acequias* y *Buenaval*. Ha publicado en el Handbook de la *Revista Ecorfan de Educación*. Comenzó a colaborar en la columna "Voces Ibero" de *Milenio Laguna* a partir de abril 2015. Autora de los blogs. <https://claudiaguerreros.wordpress.com/> y <https://historiacgs.wordpress.com/> [claudia.guerrero@iberotorreon.edu.mx](mailto:claudia.guerrero@iberotorreon.edu.mx)





La aplicación actual por excelencia de este modelo comunicativo rizomático con el mensaje escrito, hablado, o video-grabado persistente en el medio electrónico de la WWW es el hipertexto. Esta herramienta intelectual facilita el intercambio de información, y la generación de conocimiento entre quienes participan en él y de igual forma que el autor en el libro deja huellas de lo que ha leído a través de las citas, las notas al pie de página o de la bibliografía, en la web la huella incluye además de los anteriores, el hacia o el desde de los enlaces o hipervínculos.

Quienes navegan por internet van acumulando su acervo bibliográfico con los enlaces visitados, y desde la introducción de las herramientas interactivas propias de la Web 2.0 también van dejando rastros en los lugares visitados a través de las participaciones en blogs, foros, wikis, redes sociales, páginas personales o documentos y producciones electrónicas. La memoria organizada del recorrido puede ser registrada para ser comunicada y orientar la búsqueda de otros. Algunas aplicaciones utilizan las rutas o elecciones de otros para generar un filtrado colectivo a partir de la colaboración como el que utiliza Amazon, o la información acumulada en los buscadores como Google o Yahoo.<sup>2</sup>

La variante revolucionaria de la web reside en esta modalidad de producción del discurso y cómo este puede ser comunicado. Ahora hay una nueva forma de consultar fuentes y las demostraciones necesarias para argumentar o probar, de una manera lógica no necesariamente lineal sino abierta y relacional, en la que el lector puede consultar por él mismo los documentos, archivos, imágenes, música, videos que son el objeto de conocimiento.

El hipertexto permite la producción del autor y del lector a partir de relaciones entre elementos asociados de texto e imagen de una forma prácticamente ilimitada a partir de las marcas generadas por el lenguaje HTML (Hypertext Markup Language). Estas señas pausan la lectura hacia otras unidades discursivas y el lector cuenta con la opción de explorarlas o no. La pregunta de consigna de quien lee es ¿y ahora hacia dónde continuo?, y se plantea en cada uno de los enlaces propuestos por el autor hacia otro documento o hacia lugares en los que a su vez y de manera recursiva también los propondrán.

Si ya en la lectura de un documento impreso hay una participación activa del lector como productor del texto como lo ha dicho Roland Barthes, “Because the goal of the literary work is to make the reader no longer the consumer but a

producer of the text” (Barthes, 1987),<sup>3</sup> en la lectura de los hipertextos se aporta además de la interpretación una selección hacia nuevas opciones asociadas que dejan los rastros de un sendero no predeterminado conforme a una narrativa lineal y única sino en una perspectiva plural con puntos de interacción hacia nuevos mensajes no solamente de tipo texto sino también de imágenes y sonidos en audio y video, dentro de la lectura tomamos atajos, hacemos rodeos y hasta regresamos al punto de partida.

El resultado de la elección de cada lector y de los senderos que recorre depende de los mecanismos de abstracción que realiza a partir de la agrupación, secuencia, generalización o revisión en el contexto de recepción propio de su lectura, que es inspirada por las relaciones y asociaciones que le permiten expandir, comparar, contrastar su entendimiento y comprensión, de tal forma que las conexiones pueden ir también dando cuenta de su proceso de pensamiento y de su metacognición.

Las rutas de los mensajes en el hipertexto son análogas a las rutas seguidas cuando varias personas interactúan en diálogos entrecruzados en comunicaciones sincrónicas presentes en un mismo lugar y en el mismo tiempo, sólo que ahora cuando el hipertexto está en la pantalla

y escrito, la base del acto comunicativo es asíncrono, lo que le permite al lector la recepción desde lugares y tiempos diferentes a los de la emisión. La situación dialogal no está ahora construida a partir de una sola conciencia sino por el conjunto formado por la interacción de varias conciencias participando en cada hipervínculo.

Si observáramos el recorrido de un internauta web-lector, web-escucha o web video-espectador notaríamos una falta de estructura lineal convencional que nos da la impresión de algo incoherente o incomprensible porque dicha expansión nos resulta poco significativa, sin sentido y hasta sin un horizonte que la limite; sin embargo, este camino es guiado por los intereses del lector en una especie de ruta misteriosa que no le da problema si está acostumbrado a leer y a seguir la propuesta de los hipertextos y que lo puede llevar tanto a sitios reveladores como a otros sosos o insulsos. De más estaría decir que si los enlaces o vínculos no son explorados nos quedamos con un texto lineal, por lo que su designación como “hipertexto” responde perfectamente a lo que Ted Nelson acuñó como texto y algo mucho más que él, un texto enriquecido, superior, excedido.<sup>4</sup>

El recorrido hipertextual en su realidad operativa actual en la WWW y su relación a cómo conocemos ya había sido intuido por Vannevar Bush en julio de 1945 hacia finales de la Segunda Guerra Mundial en su manifiesto “Cómo podríamos pensar” (As We May Think).<sup>5</sup> Él ya vislumbraba la creación intelectual, afirmando que para que un archivo fuera útil para la ciencia, debería estar en continua ampliación, incluyendo además de la recolección de datos y observaciones la posibilidad de extraer material de un archivo existente y tam-

bién insertar nuevo material, e insiste y hace hincapié particular en la posibilidad de ser consultado.

Vannevar Bush afirma que los procesos repetitivos de pensamiento no se encuentran confinados a cuestiones meramente aritméticas o estadísticas sino que además de combinar registros en procesos lógicos también empleamos un aspecto creativo cuando se seleccionan datos y los procesos que se emplean para obtenerlos, así como la manipulación de las ideas y su introducción en un archivo. Hace una crítica hacia lo artificial que resultan los sistemas organizados mediante la indización proponiendo el de la asociación e introduce la idea de enlazar elementos distintos y a partir de los cuales el usuario construye una pista o sendero de información, propone que para que no se disuelva sea registrado y así posteriormente pueda ser consultado o insertado para el servicio de otro usuario poniendo en práctica las formas en las que el ser humano produce el conocimiento.

La ausencia del medio que tecnológicamente nos permitiera estas expansiones hacia diferentes direcciones y niveles es lo que nos acostumbró a la linealidad, pero en aras de una naturalidad hacia cómo aprendemos, la ruptura de ésta no nos debería sorprender, Landow insiste en que “deben abandonarse los actuales sistemas conceptuales basados en nociones como centro, margen, jerarquía y linealidad y sustituirlos por otras de multilinealidad, nodos, nexos y redes” (Landow 1995)<sup>6</sup> y pensar que esto es básicamente lo natural.

La producción del discurso colectivo en la WWW a partir del hipertexto o hipermedio nos coloca en comunicación horizontal con interlocutores que comparten tiempos y espacios no convencionales de la presencialidad y

a partir de diferentes recursos de audio, video, texto, en recorridos rizomáticos. En el horizonte de la difusión esto ha impactado a todos los medios de comunicación como la prensa, la televisión y la radio que ya se han trasladado a la WEB, pero más allá de esto también ha cambiado el papel que tiene todo aquello que puede producir.

La comunicación rizomática es posible también para el que la recorre aprendiendo. El impacto en los ambientes educativos se hace evidente una vez que el profesor deja de ser el centro único y la generación del conocimiento es compartida colaborativamente. En ella se transmiten conocimientos indistintamente de los emisores y de los receptores y crea aprendizaje entre quienes están leyendo, escuchando, viendo, escribiendo y o produciendo recursos multimedia. Seguramente la evolución del conocimiento vendrá de la mano de esta evolución de la comunicación humana.

<sup>1</sup> Deleuze Gilles, Guattari Feliz, 1998, *El Anti-Edipo: Capitalismo y Esquizofrenia*, Madrid. Paidós Ibérica.

<sup>2</sup> [http://jamillan.com/para\\_can.htm](http://jamillan.com/para_can.htm) La Web como memoria organizada. Javier Candeira 6 de septiembre de 2009.

<sup>3</sup> Roland Barthes, 1987, *El susurro del lenguaje*, Barcelona, Paidós, pp. 65-71.

<sup>4</sup> Nelson Theodor Holm. 1965 “A File Structure for the complex, the changing and the indeterminate”, ACM 20th National Conference.

<sup>5</sup> Bush, Vannevar, Cómo podríamos pensar, July 1945 Atlantic, <http://biblioweb.sindominio.net/pensamiento/vbush-es.html> [Consulta: lunes, 31 de agosto de 2009]

<sup>6</sup> Landow, G. *Hipertexto-La convergencia de la teoría crítica contemporánea y la tecnología*. Paidós, 1995, p. 14.



# Metafísica y antropología

Tres preguntas en una y una respuesta abierta

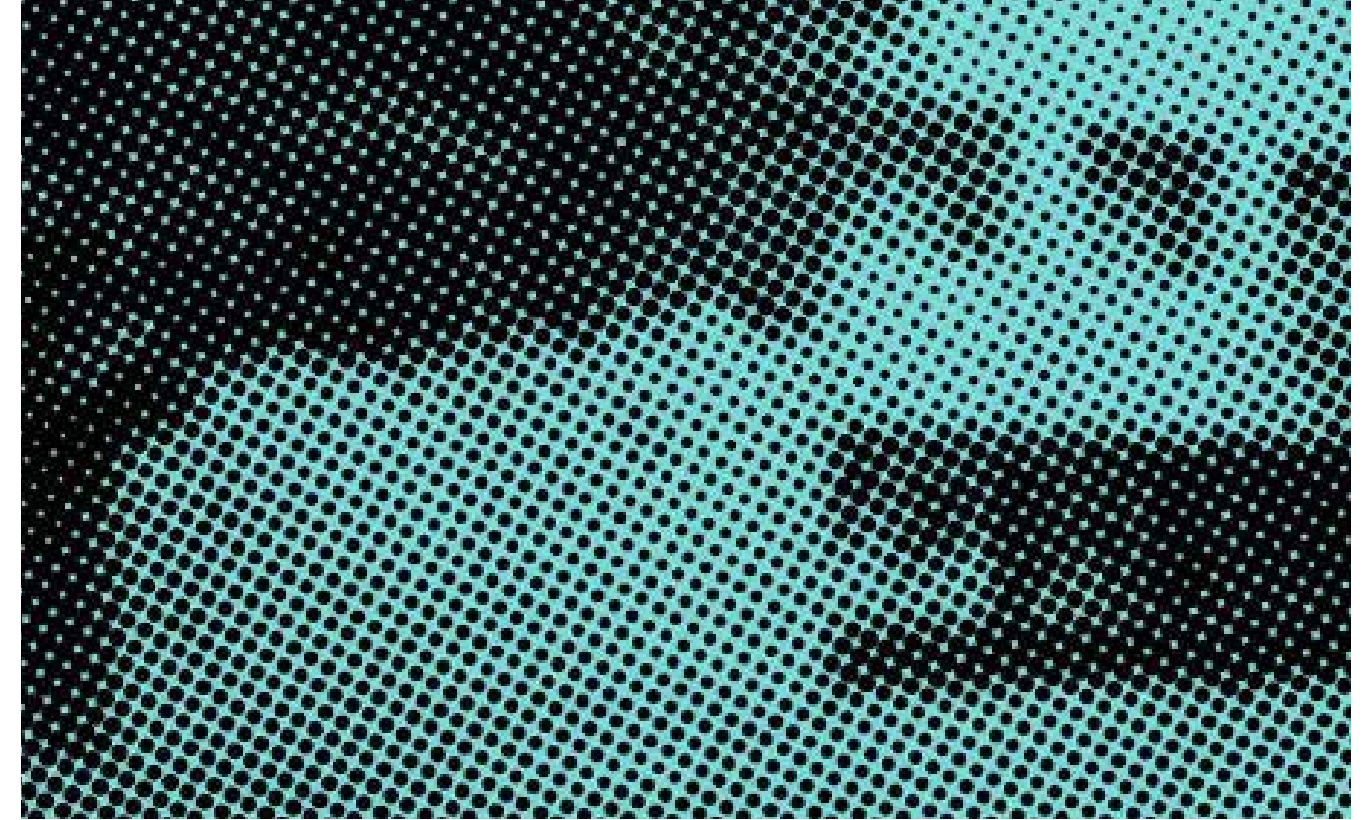
Sergio Espinosa Proa

Hace poco más de doscientos años, un metódico y honesto hombrecillo que —entre otras gracias— nunca salió de su pueblo resumió en tres grandes interrogantes todo el camino andado por el pensamiento europeo desde sus orígenes en Grecia: qué sé, qué hago, qué espero. En el trance de responder estas preguntas ocupó toda su vida, y a cada una de ellas le dedicó un denso y farragoso mamotreto. Son preguntas *clásicas*, en el sentido más propio del término. Procuran atender a todas las facetas de lo humano, englobándolas de una manera tal que no dejen fuera nada que sea esencial pero cuidándose igualmente de preguntar o responder *lo mismo* en cada caso. Lo cual implica la admisión de que cada pregunta despliega su propia lógica. Si queremos saber qué significa y hasta dónde podemos *saber*, tendremos que recorrer un camino que se abre en una dirección muy diferente al camino por recorrer si la pregunta es por aquello que *debemos* hacer. Y algo similar debe decirse respecto de la pregunta por lo que nos está permitido *esperar*.

Saber, deber y esperar pertenecen por igual a la naturaleza humana, pero *no se encuentran en el mismo plano*. Esto significa que no pueden reducirse unas a las otras o contenerse unas en las otras, pero las tres reclaman una raíz común, una referencia general.

Esta raíz común o subsuelo de apoyo es, lo habrán adivinado enseguida, el ser humano. Las tres preguntas kantianas se funden en una sola, o, por expresarlo con más precisión, sólo podrían ser formuladas por una sola cosa: por *seres humanos*. Las antiguas preguntas metafísicas acerca de Dios, del Mundo y del Alma pueden —y aun deben, según el propio Kant— abreviarse y conjuntarse en una sola (aunque dotada de anverso y reverso): qué significa *ser* humanos, y qué *sentido* tiene serlo. En Kant —en el rigor, el alcance y las secuelas de su sistema— toda la tradición filosófica encuentra un nuevo principio, un nuevo sentido y un nuevo fin: a saber, el hombre.

Desde hace por lo menos doscientos años, pues, el pensamiento occidental gira en torno de un solo centro. Desde entonces, la filosofía ha visto alejarse de su seno, con mayor o menor resolución, con mayor o



menor resignación, a la cosmología y a la teología. La filosofía, la filosofía *moderna*, ya sólo se reconoce a sí misma, aunque a veces no de muy buen grado, ni siempre extrayendo de ello todas las consecuencias, como *antropología*. Para responder las preguntas fundamentales a las que ha llegado y que nos ha legado todo el pensamiento occidental, es preciso comprender ante todo *quién pregunta*, y *qué significa* (si es que el significado agota todo lo que hay) *preguntar*.

Ni Dios ni el Mundo preguntan. O, al menos para la reflexión moderna, Dios y el Mundo se convierten, ellos mismos, en enormes interrogantes, en *objetos* o blancos de una interrogación. Es cierto que, de acuerdo con el mito del *Génesis*, el Dios de la Biblia dirigió al primer hombre, a Adán, una pregunta: “¿Dónde estás?”. Nunca se ha sabido muy bien qué hacer con esa interpelación. Pero queda claro que es el pensamiento moderno el que ahora endereza —y cada vez con menor convicción o interés— esa misma pregunta a Dios. Quizá el

silencio sea, a fin de cuentas, su mejor —o su único— modo de responder. En cualquier caso, Dios no pregunta nada, y tampoco lo hace el Mundo. El hombre, el hombre de la modernidad, se pregunta y se responde a sí mismo. Está solo, y todavía no está muy seguro si esa condición le vuelve más interesante o le deja más desdichado que antes.

Quién pregunta. Es obvio: el hombre. Pero qué es eso que pregunta en el hombre. La primera evidencia es esta: el hombre no está hecho de una pieza. Vamos a decirlo así: el hombre no se agota o evapora en su materialidad. Vamos a reformularlo así: *si pregunta*, es porque él se entiende a sí mismo como otra cosa o algo más (quizá menos, vaya usted a saber) que su propia materialidad. Al preguntar qué es, o quién es, el hombre se asume, consciente y deliberadamente o no, como un *signo*. La pregunta es un signo (de interrogación) dirigido a otro signo, a un signo *encarnado*. A ese animal tatuado por dentro y por fuera, marcado real e imaginariamente, surca-

do por signos y figuras y trazos que no estaban ahí. Signos con los que *no nace*. Signos que *le tornan hombre*. Signos que le alejan y, en un descuido, enemistan con la naturaleza, con esa naturaleza que también, sin remedio, sigue siendo.

Quién o qué pregunta. El hombre, pero el hombre no está dado como en principio están dadas las demás cosas del mundo. Pregunta un cuerpo que es también un signo. ¿Pregunta el cuerpo o pregunta el signo empotrado y como replegado o injertado en el cuerpo? Quizá la pregunta emerja precisamente de esa imposible juntura. Quizá la pregunta surja precisamente como el heroico, fulgurante y finalmente inútil intento por cerrar el espacio o la abertura de esa extraña juntura.

Lo que permanece junto y casi revuelto es ese doble rasgo del ser humano. Hay revueltas incesantes entre uno y otro, entre el signo y el cuerpo. La historia y la prehistoria están jalonadas por esta inestabilidad de fondo. El signo, ¿dice el cuerpo, o lo hace callar? El

## Sergio Espinosa Proa

(Ciudad de México, 1952). Licenciado en antropología social (ENAH, México, 1977), Especialista en Investigación Educativa (UAEM, Cuernavaca, 1988), Maestro en filosofía e historia de las ideas (UAZ, Zacatecas, 1992) y Doctor en filosofía (UCM, Madrid, 1997). Es profesor de la UAZ desde 1981, fundador de la Unidad Académica de Docencia Superior (1984) y de la Maestría en Filosofía e Historia de las Ideas (1989), organizador de los Coloquios Internacionales de Filosofía (1989-2000) y de los Diplomados en Antropología Social (1999-2003). Investigador Nacional desde 1998. Premio Nacional de Ensayo “Abigail Bohórquez” en 2006. Autor de los libros *El cuerpo de la escritura, la escritura del cuerpo* (Zacatecas, 2010); *De una hostil amistad. Filosofía, literatura* (Madrid, 2012); *De la cordialidad el pensamiento. Ensayos sobre el sujeto* (Zacatecas, 2012); *De una belleza casi ominosa. Retornos al arte del desierto*, (Zacatecas, 2012); entre muchos otros libros.



cuerpo, ¿se dice en el signo, se expresa y agita en él, se prolonga en su trazo? El signo, ¿dice la vida del cuerpo, o gesticula en su límite, en el punto exacto donde aquél desfallece y se retira? El hombre es esa juntura, ese ente —ese *entre*— que por ser un signo no es sólo una cosa del mundo — pero que irremediamente también es una cosa entre las demás, un cuerpo material entre los cuerpos que habitan el mundo. Esto es lo que significa, en primera instancia, que el hombre no esté hecho de una pieza.

La filosofía, según se ha apuntado, es, en la modernidad, una antropología. La filosofía de la época moderna adopta, en general, la forma de un discurso cuyo origen y cuya meta es ese ser plegado y como hundido en sí mismo que es el hombre. Pero este discurso, si gira en torno de semejante creatura, tampoco es ni podría ser de una pieza. También el decir está como plegado y como hundido en sí mismo. Está rajado, como rajado y hendido está su objeto (un objeto que, nótese, al mismo tiempo es sujeto y signo de otra cosa).

Ese discurso puede, naturalmente, ocuparse de una descripción externa. Platón no tenía ningún empacho en definir a esta creatura, en principio, como un “bípedo implume”. Nada del otro mundo. La ciencia tiene su modo de decir qué rasgos caracterizan a los hombres en cuanto segmento de la naturaleza y como población específica de la zoología. Será un discurso erigido a partir de rasgos básicos, de características comunes, de repeticiones y recurrencias, y, en el extremo, de configuraciones estadísticas. Por debajo de todas las variantes y dispersiones, encontraremos un conjunto

de datos inmutables. Por encima de todas las diferencias y azares, reconoceremos una identidad, una naturaleza, una esencia. Una idea.

Pero ese discurso podría también ocuparse de otra cosa, igualmente humana. No buscaría repeticiones sino excepciones. No escarbaría en busca de identidades sino que se quedaría en el relato, acaso superficial, de sus diferencias y sus distancias, de sus salidas de tono. Le intrigaría principalmente el carácter anómalo de este espécimen. No diría lo que el hombre “es” por encima o por debajo de sus contingencias empíricas, sino que se interesaría por lo que ese hombre o ese grupo de hombres, en particular, *hace* (y se prohíbe hacer). Por lo que *han hecho*, y por aquello que les ha hecho hombres.

La línea divisoria entre estos dos discursos, o entre estas dos direcciones de un mismo discurso, tiene que ver con esa juntura que observamos hace un momento. Juntura de heterogeneidades, como se advertirá. En tal sentido, preguntar qué somos puede —y, de hecho, históricamente, así ha sido— acoger dos respuestas: una, natural, determinada por los genes, y otra, espiritual, o histórica, definida por acontecimientos que ocurren —o no— dentro de una vida.

¿Qué es más importante, cuál de las dos instancias o direcciones parece decisiva? ¿Podrían complementarse, o el choque y la rivalidad entre ambas, así planteadas, resulta ineludible?

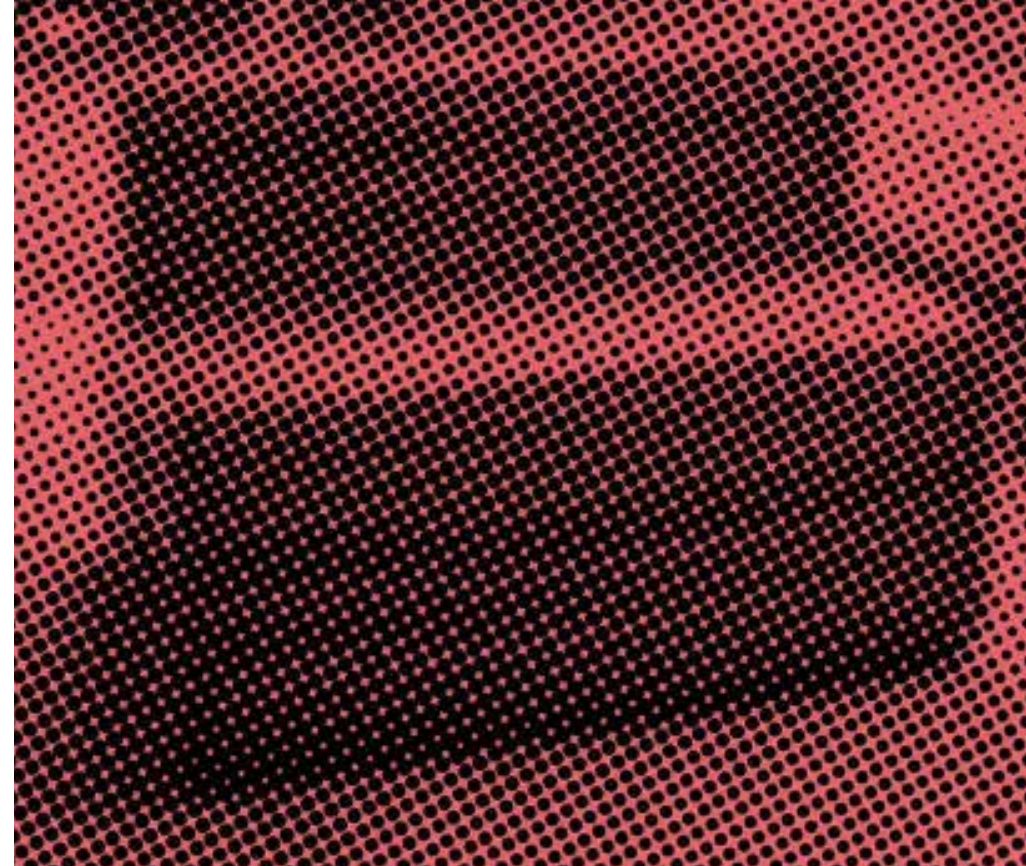
Este doblez del discurso tiene que ver con dos grandes palabras, palabras de la tradición intelectual de Occidente que en ciertas ocasiones se excluyen y en otras tienden a superponerse y a

hablar una en lugar de la otra. O bien la *verdad* —así ésta sea insensata o inutilizable— o bien el *sentido* —un sentido susceptible de absorber y dar lugar a la verdad—. Por una parte, la verdad desnuda, la verdad de la naturaleza; en concreto, la verdad ofrecida por la ciencia. Quien pregunta debe ser dicho y predicho por esta verdad, en su verdad, sea cual sea. Por otra parte, el sentido, es decir, el espíritu, desde cuya altura la naturaleza sólo podría aparecer como soporte, como recurso, como *fondo de provisión*.

Esta distinción puede desde luego remontarse a Descartes, pero ya vimos que es Kant quien la lleva a su formulación más canónica —y fecunda. Desde la verdad, desde la ciencia en su descripción externa, neutra y positiva, el sentido está siempre sobreañadido; desde el ángulo de mira de la naturaleza, el espíritu sólo es contingencia y azar fortuito. Por el contrario, desde el sentido, desde el horizonte de la vida en su propia apertura y reflexividad, la verdad natural sólo alcanza a decir —si la alcanza— una verdad a medias.

Si no hay compromiso o acuerdo posible entre ambas perspectivas, ¿estaríamos forzados a escoger? ¿La idea o la materia? ¿El espíritu o la naturaleza? ¿El signo o el cuerpo? ¿El alma o la máquina? ¿La ciencia o la vida?

Esta alternancia, esta alternativa, esta división que ciertamente ha marcado —y desviado— durante varios siglos el desarrollo del discurso sobre la naturaleza (o el sentido) del ser humano, habría sufrido, por fortuna o por desgracia, una profunda y decisiva alteración en el momento en que el hecho del lenguaje



irrumpe —más o menos a partir del segundo tercio del siglo XX— en tanto dimensión privilegiada, en tanto objeto y horizonte básico de la reflexión y el debate intelectual.<sup>1</sup> La filosofía, según decíamos, encalla, en la época clásica, en las playas de la antropología; y la antropología, en la “hipermodernidad”, parece despertar de su ensueño positivista para reconocerse, un poco a tientas y sin demasiado entusiasmo, como una *semiología*. Como un *saber del signo* siempre en construcción — y en continua desconstrucción.

Y es que el lenguaje siempre había sido un escollo para la consideración naturalista o materialista. Nunca estuvo claro, de permanecer en ella, su estatuto ontológico. Su existencia planteaba un problema similar al que expresaría la pregunta que el Dios judío dirige a su hijo predilecto. ¿Hay un *lugar* para lo imaginario? ¿Qué espacio ocupa el símbolo? Los signos tienen un soporte material, pero nunca se agotan en, ni se

reducen a, él. No serían signos si todo en ellos fuera materia y sólo materia. En reciprocidad, la consideración idealista encontraba serias dificultades para integrar la pluralidad cultural en su sistema interpretativo. Si lo humano es menos una realidad empírica que el despliegue —histórico, providencial— de una realización, de un sentido, de una trascendencia, ¿cómo pensar, en qué casillero o etapa o momento situar a las llamadas sociedades *sin* historia? En resumen, ¿qué hacer con lo humano cuando escapa a las perentorias exigencias de una “fenomenología del espíritu”?

Así planteada, la alternativa tenía que desembocar, a pesar o en virtud de sus respectivos triunfos, en un doble callejón sin salida.

Advirtamos que el lenguaje no precisamente irrumpe, en la modernidad tardía, como un nuevo objeto para el saber. El lenguaje se impone, de manera prácticamente inexorable, como horizonte epistemológico, como esce-

nario principal para el pensamiento. La consagrada dualidad entre “explicación” —físico-matemática— y “comprensión” —fenomenológica o hermenéutica— experimenta con dicha irrupción una casi desastrosa y terminal sacudida. Casi. Pues no es que esa dualidad o reparto haya desaparecido en el inicio del siglo XXI. Pero ciertamente ha sufrido una alteración de alcances todavía incalculables. En particular, la partición —con frecuencia demasiado cómoda— entre verdad (natural) y sentido (espiritual) o —para decirlo más escolarmente— entre materialismo e idealismo ya no resiste la prueba semiológica, por más que ésta se encuentre hoy por hoy en relativa declinación.

Baste observar en este punto que la “naturaleza” de los científicos nunca dejó y nunca ha dejado de ser una palabra, una idea, una abstracción, una ficción, una construcción lingüística: un *artificio*. Las conversiones, las confusiones, las sustituciones entre el espíritu y la naturaleza, entre el cuerpo y el signo, entre la explicación y la interpretación, se producen y se han producido por lo regular a *espaldas* del hablante. Esto significa, para hablar claro, que la opción científica jamás ha dejado de ser una opción *discursiva*. La ciencia, qué duda cabe ahora, es, antes cualquier otra cosa, un lenguaje, una gramática, una sintaxis. Está penetrada, en cuanto (presunta) explicación neutral y objetiva del mundo, del hombre, por todo aquello que en sus laboratorios se había propuesto, higiénicamente, metódicamente, expulsar.

Por eso tenemos que volver unos pasos atrás. El discurso que quiere describir y decir lo que el hombre es, lo



# Diez tips para ser un panelista intratable

Fabián Vique

Estamos en la era de la puesta en escena. Como dijera el filósofo Marshall McAllister: “el escenario es el mensaje”. Nos dejan, al parecer, la televisión y sus paneles con personas que dicen representarnos. Escenario donde un grupo de individuos coordinados por un conductor simulan ser una asamblea ciudadana, un congreso del país que deberíamos ser, donde la mirada de “la gente” ilumina la cosa pública.

El panelista se convierte en “representante” no sometido a escrutinio ninguno. Ser panelista empieza a ser una aspiración superior a la de ser concejal, diputado o senador. El congreso es calificado desde esta nueva asamblea de representantes como un antro de corrupción. En la era del simulacro, la ficción reemplaza la realidad, y el panel es la nueva tribuna de doctrina.

El truco de estas plataformas, cuya pieza más acabada se llama *Intratables* —programa argentino de televisión— y se emite por el canal América, consiste en un “panel” integrado por una abrumadora mayoría de representantes del “sentido común”, es decir, de aquel pensamiento reaccionario que prohijaron las oligarquías perennes con sus aggronamientos y maquillajes. La escena se salpimenta con un par de seres indeseables, es decir, populistas, zurdos o peronistas del ala siniestra que fungen de patos de la boda o de *punching ball* para escarmiento de los televidentes dubitativos. Completan el cuadro invitados-decorado con palabra acotada. Sean presidentes, eminencias o premios nobel tienen menos voz que cualquiera de los panelistas representantes de “la gente”.

Pero basta de cháchara, vamos al punto. Señor, señora, si quiere ser panelista, recorte y pegue estos tips en la puerta de su habitación o heladera.

1. Si aspira a formar parte de la tribuna televisiva que opina sobre las cuestiones públicas, sepa que si cultiva el sentido común y el doñarrosismo tendrá muchas más posibilidades de integrar un panel que exhibiendo admiración por el chavismo, el evomoralismo, el evaperonismo o, válgame Dios, el comunismo. La estadística dice que la proporción promedio de los primeros sobre los segundos es de 9 a 1.

2. La duda, dijo un sabio, es jactancia de intelectuales. Todas sus opiniones deben ser firmes, convencidas, absolutas, libres de grieta. Si le preguntan

que significa ser hombre, es un discurso necesariamente ambiguo, ambivalente, bifronte, en cierto modo estrábico. El ser humano es un cuerpo que es un signo, un cuerpo que *hace signo* con el ser. Pero este “hacer signo”, y aquí viene la parte trágica del cuento, *no está*, por decirlo así, *en la mano* del hombre. El lenguaje, eso benéfico y maravilloso que nos transporta al no-lugar de la cultura, eso que merced a la mediación del símbolo nos da el dominio del mundo y nos convierte en animales literalmente meta-físicos, no es una “propiedad” de los hombres. La semiología y la antropología nos enseñaron —¡vaya enseñanza!— que nuestra lengua nunca es nuestra. Pues el signo está en sí mismo hendido, como herido por el rayo, partido entre un significado convenido y un significante irreductible e intraducible. La semiología terminó por mostrarnos que “el significante es la conciencia misma de la intraducibilidad entre las lenguas, e incluso la conciencia que cada hablante tiene de la intraducibilidad de su propia lengua hasta para sí mismo (la condición que hace que cada cual pueda sentirse extraño en su propia lengua)”<sup>2</sup>

En pocas palabras, lo distintivo del animal humano, es decir, su lenguaje, su capacidad de simbolización, no es una conquista, si por conquista entendemos, en lo fundamental, una victoria de la voluntad. Una victoria del sentido.

Completando rápidamente el cuadro, y para aguar si cabe aun más la fiesta (aunque este agüite en realidad nos prepare para *otra* fiesta, o al menos nos la anuncie) *tampoco el cuerpo* está a nuestra disposición. Ni el hombre, propiamente, habla, sino que *es hablado*,

ni posee, propiamente, su cuerpo o su materialidad, sino que *es incorporado o materializado* por el ser, o en cualquier caso por algo ajeno y anónimo que *no es él mismo*. El humano, en este sentido, es un ente artificial, extraño a la tierra, alienado, extático y ex-céntrico *por naturaleza*. Una chulada.

Tal es, en breve, el recorrido. La filosofía, desde el siglo XVIII, desagua íntegramente en la antropología, la antropología se reconoce a mediados del siglo XX como semiología, y la semiología —resultado de la mezcla y el contacto generalizado con la alteridad, con las *otras culturas*, pero también, quién lo dijera, con *lo otro* de las culturas— se encuentra al final (ahora) con un objeto teórica y prácticamente indisponible e inasequible, mitad materia y mitad idea, mitad físico y mitad metafísico, mitad existente y mitad inexistente, mitad él mismo y mitad otro que sí mismo.<sup>3</sup>

Consignemos, para terminar ya, que el principio y la meta de todo saber, de todo deber y de todo esperar siguen a pesar de todo siendo identificables con ese objeto no-objeto, por mucho que a esta hora Narciso esté más que ahogado en su propio espejo de agua. Pues, por un lado, el hombre ha perdido para siempre jamás su naturaleza, si por naturaleza queremos decir identidad y reposo en una esencia única e inmutable, en una esencia, digámoslo con nitidez, por encima y a salvo de la mortalidad.

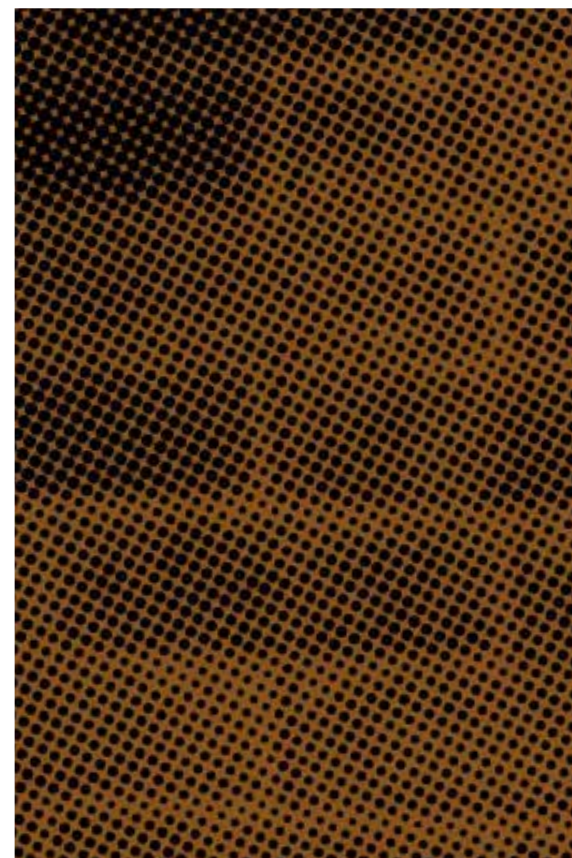
Pero por otro lado el hombre, al final de este viaje sin retorno, pareciera encontrar para la naturaleza otro ámbito y otro significado, acaso el signo de una plasticidad sin límites, el signo de una

alteridad que se ofrece y a la cual cada uno se ofrece sin condiciones, el signo de una multiplicidad de significaciones que hacen del sentido, de la simple experiencia del *ser* humanos, quizá por vez primera, quizá por única vez, el espacio abierto y libre de una experimentación y de un azar que resulta, para cada uno de nosotros, y en cada uno de los instantes de nuestras vidas, siempre generoso y siempre sorprendente.

<sup>1</sup> Cf. José Luis Pardo, *Estructuralismo y ciencias humanas*, Akal, Hipecu N° 57, Madrid, 2001, pp. 10 y ss.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 14.

<sup>3</sup> Esta sucesión podría explicar hasta cierto punto la desconfianza que se experimenta entre las tres formaciones: desde la perspectiva de la antropología, la filosofía sólo es una especulación vacía, un mero bla-bla-bla... Desde la mirada semiológica, la antropología apenas se eleva sobre el tartamudeo etnográfico. Ya se sabe, los hijos están siempre intentando desembarazarse (aunque sea simbólicamente) de sus padres.



## Fabián Vique

(Morón, Provincia de Buenos Aires, Argentina, 1966). Escritor, profesor de literatura y promotor cultural. Publicó *Los suicidas se divierten*, *antología* (microficciones), Posdata ediciones, Monterrey, 2012; *Variaciones sobre el sueño de Chuang Tzu*, Macedonia Ediciones, Buenos Aires, 2009; *La vida misma y otras microficciones*, Instituto Cervantes, Belgrado, 2007, Macedonia Ediciones, 2010; *La tierra de los desorientados* (cuento), Macedonia Ediciones, Buenos Aires, 2008.

## Teoría del complot en *El camino de Ida*

Gerardo García Muñoz

La novela *El camino de Ida* (2013) del escritor argentino Ricardo Piglia construye una sólida trama literaria cuyo punto focal es el mundo oscuro de las conspiraciones. El título se refiere a la profesora norteamericana Ida Brown, personaje ficticio en quien encarnan las ambiciones de los investigadores por erigirse en las estrellas del firmamento universitario de los Estados Unidos. La novela es narrada por Emilio Renzi, personaje omnipresente en la obra de Piglia, y quien funciona a modo de alter ego del propio autor. En *Blanco nocturno* (2010), novela que precede a *El camino de Ida*, Emilio Renzi ejerce el periodismo y viaja a un pueblo argentino con el fin de escribir un reportaje sobre un asesinato. En *El camino de Ida* Renzi se considera a sí mismo un fracasado, un escritor que ha padecido una prolongada sequía creativa, con un matrimonio concluido en doloroso divorcio, y que acepta un trabajo temporal de profesor visitante en una institución universitaria de Estados Unidos perteneciente a la exclusiva “Ivy League” o Liga de la Hiedra. Renzi se adentra en un espacio académico gobernado por leyes invisibles. A Ida Brown se le describe como una erudita en la obra del novelista inglés Joseph Conrad, poseedora de una aguda inteligencia y una gran belleza, atributos oscurecidos por una desmedida arrogancia. Típico ejemplo de la erudición obsesiva tan común en la academia norteamericana, Ida Brown disfruta las dádivas del estrellato (un sueldo exorbitante mantenido bajo riguroso secreto), es envidiada por sus colegas, a quienes odia profundamente, sobre todo si invaden su campo de estudio, el cual considera de su exclusiva propiedad. Su ensayo sobre Charles Dickens había sido tan innovador que logró “paralizar” por varios años cualquier avance en el tema. Cuando era una estudiante de posgrado había desafiado y vencido públicamente al prestigioso crítico Paul de Man; según cuenta el narrador, el ataque indicaba la caída del profesor consagrado y el nacimiento de una nueva figura, en otras palabras, la derrota del viejo orden de la crítica anquilosada vencido por una nueva escuela interpretativa. Otro ejemplo de la academia es Don D’Amato, el jefe del Departamento de Modern Culture and Film Studies, experto supremo en la obra del escritor

**Gerardo García Muñoz** (Torreón, Coah., 1959). Ha publicado libros y artículos sobre Adolfo Bioy Casares, Augusto Roa Bastos, Julio Ramón Ribeyro (Ibero Torreón, 2003), Salvador Elizondo y Guillermo Samperio. Su libro *El enigma y la conspiración: del cuarto cerrado al laberinto neopoliciaco* (Universidad Autónoma de Coahuila, 2010) explora la ficción policiaca en México. Editó junto con Fernando Fabio Sánchez el volumen de ensayos *La luz y la guerra: el cine de la Revolución Mexicana* (Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 2010), que analiza desde diferentes ángulos críticos la representación cinematográfica del movimiento armado. Fue maestro de la Ibero Torreón y actualmente da clases en la Prairie View A&M University (Texas) marcial2059@yahoo.com

el título de su película favorita, responda: *Sin lugar para los débiles*.

3. En materia de saberes, usted debe ser generalista. Reniegue de la especialidad, de todo especificismo. Usted representa a “la gente” y “la gente” se caracteriza por la no especialización. ¿Geopolítica? ¿Economía? ¿Jurisprudencia? Opine. Nada humano le es ajeno.

4. Hable siempre. No se distraiga prestándole atención a los demás. Si hace falta levantar el volumen de voz, no trepide. Usted debe imponerse por prepotencia de verba. Cocodrilo que duerme es cartera; panelista que calla es un perdedor.

5. Con respecto a Dios usted puede ser creyente, agnóstico o ateo. Pero de Doña Rosa usted debe ser un fervoroso

devoto. Sus dientes deben estar siempre afilados para clavarlos en la yugular de quien tenga la osadía de criticarla o de insinuar que puede estar equivocada, confundida o, *vade retro*, manipulada.

6. Tenga siempre a mano términos para descalificar a su oponente: “garantista”, “populista”, “corrupto” son algunos de los términos que el panelista debe manejar con fluidez. Calificativos como “planero” o “choripanero” pueden ser usados sólo en casos de extrema necesidad.

7. No defienda ningún “ismo” salvo el de la honestidad. Los “istas” deben ser siempre los otros, los depreciables. Usted es la gente y la gente está más allá de las ideologías. Usted vota pero su voto es secreto y no entusiasta. Usted

es honesto y vota honestamente a favor de la honestidad.

8. Usted está del lado de la verdad. Ergo, la verdad está de su lado. Del otro, está “el relato”. La verdad que usted encarna no es relatada. Su palabra no es lenguaje sino la pura realidad.

9. Usted no se casa con nadie. Ideológicamente usted es soltero.

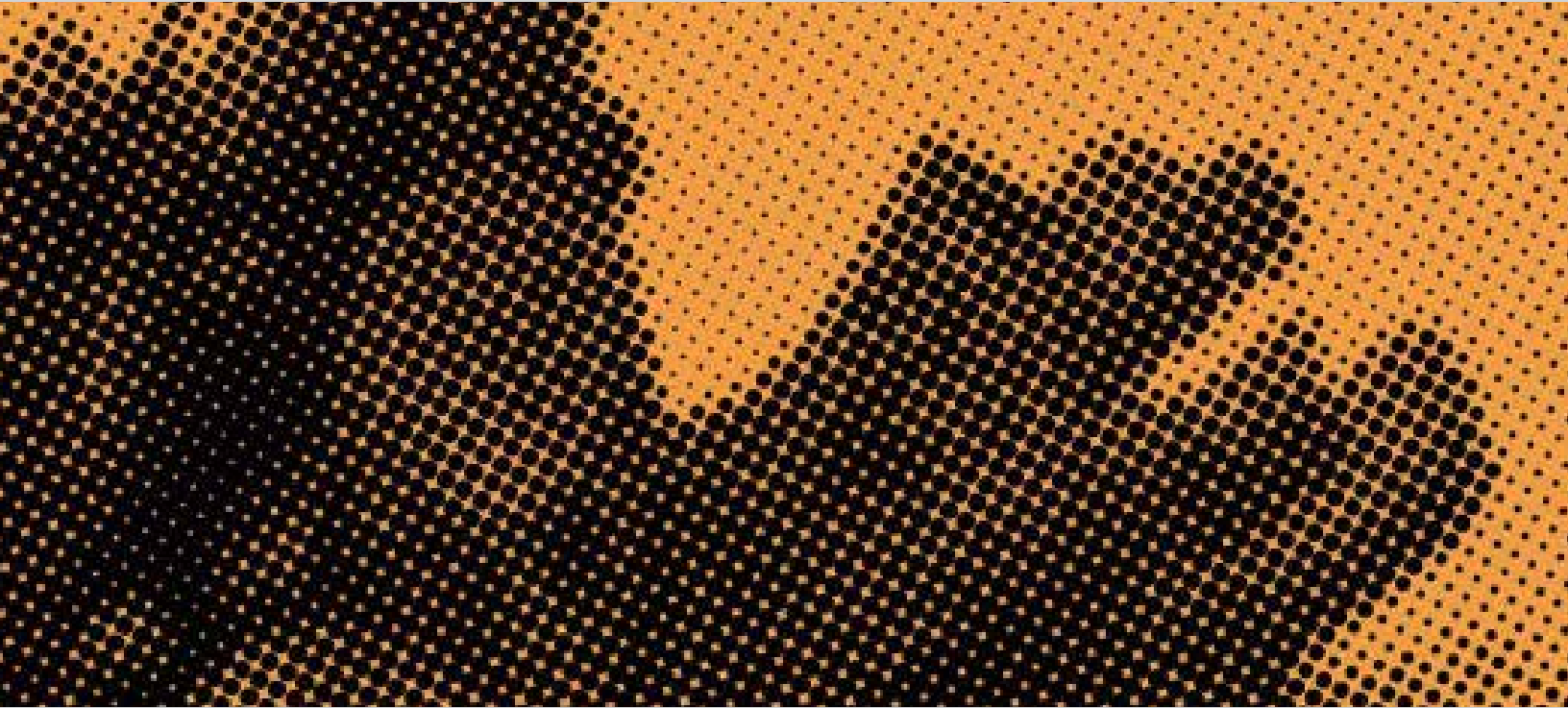
10. El tiempo y el espacio son entelequias. Lo pasado pisado y el futuro es de los astrólogos. Tampoco existe otro lugar que la ciudad que lo alberga. Usted es un hombre o una mujer de su tiempo y de su espacio. Que no le vengán con pavadas internacionalistas, ni referencias al pasado ni al ingrato futuro. Todo aquel que hable de esas ajenidades debe ser vapuleado *in limine* por usted.



norteamericano Herman Melville, y que tras una gloria fugaz, cayó en la cómoda esterilidad del profesor que goza de una planta vitalicia, una especie muy común en las universidades de Estados Unidos.

policíacas estadounidenses. La supuesta bomba que mató a la profesora en su automóvil parece relacionarse con una cadena de atentados cometidos en contra de investigadores y estudiantes univer-

identidad del perpetrador de los atentados marca el punto axial de la novela. Piglia incorpora un hecho verdadero que trastornó a la sociedad norteamericana: los atentados emprendidos por un per-



Renzi entabla una amistad con su vecina, una profesora rusa jubilada experta en León Tolstoi, y cuyas conversaciones sobre la literatura y la cultura de su país son los más bellos pasajes de la novela. Pero *El camino de Ida* no se circunscribe a los territorios de la vida universitaria. Piglia recurre a una de sus estrategias literarias empleadas en sus previos universos narrativos: la trama policiaca.

De forma similar a Blanco nocturno, en la que se investiga el asesinato de un turista norteamericano, en *El camino de Ida* la muerte de Ida Brown suscita la intervención de la policía. La narración se convierte en un recorrido a través del paranoico sistema de vigilancia y espionaje practicado por las fuerzas

sitarios. El denominador común de las víctimas reside en su área de investigación: estudios científicos y tecnológicos vanguardistas que tendrían repercusión en la vida cotidiana. El propio Renzi es sometido a la lupa escrutadora de la policía. No hay límites para hurgar en la vida privada, en el pasado de cualquier individuo considerado como posible infractor de la ley. Incluso la víctima, Ida Brown, es sospechosa de haber pertenecido a una célula terrorista, pues durante su época estudiantil había simpatizado con los movimientos radicales de finales de los años sesenta del siglo anterior. La interrogante es ¿Ida Brown murió al manipular una bomba destinada a un blanco específico? El desentrañamiento de la

sonaje bautizado con el sobrenombre de Unabomber. El escritor argentino no se reduce a elaborar un estudio periodístico sino que transforma un suceso real para reflexionar sobre la soledad del hombre y la obsesión por detectar y desnudar los secretos de cada individuo que, por vivir en la sociedad, se vuelve en potencial infractor del contrato social.

Por medio de su editora, Renzi se aproxima al engranaje del sistema policiaco norteamericano. El detective Parker encarna al sabueso de la era digital. A diferencia de las creaciones de Raymond Chandler y Dashiell Hammett, que recorrían las junglas de asfalto en búsqueda de pistas y sospechosos, el detective Parker se transporta a través de

las autopistas cibernéticas para rastrear a sus presas. Las computadoras interconectadas por el internet reproducen en miniatura la metáfora del ojo omnisciente y ubicuo predicho por George Orwell. Ante el asombro de Renzi, el investigador le confiesa que debido a los peligros que acechan en las urbes contemporáneas, los detectives privados comparten información pues ninguno de ellos sobreviviría por su cuenta ni un par de días. Tras la muerte de Ida Brown, unos detectives interrogan a Renzi para indagar su relación personal con la profesora, con quien mantuvo una oculta aventura. Las inquisiciones detectivescas revelan los miedos de Renzi de que sus encuentros clandestinos sean descubiertos. Los policías se apropian de toda su información personal sin pedir su permiso: correos electrónicos, conversaciones telefónicas, los mensajes del contestador automático: “El policía mostraba conocer muy bien la vida del interrogado y éste tiene poco lugar para explayarse” (78). Los repetidos acosos le revelan la manera de operar de las fuerzas inquisidoras: “entendí el modo en que la policía siembra dudas y obsesiones en los inculpados en una causa” (114). Los agentes del FBI radiografían todos los movimientos cotidianos de la profesora muerta. Escarban en su pasado, tratan de determinar un patrón recurrente que arroje alguna clave para descifrar el enigma. Examinan minuciosamente hasta sus costumbres alimenticias, incluso su basura es registrada. El arresto del culpable de los asesinatos (llamado por el FBI con el sobrenombre de “Recycler” por usar material de reciclaje en la confección de sus bombas)

dirige el hilo de la narración al complot elaborado por una mente lúcida.

La identidad de “Recycler” provoca estupor. Thomas Munk es un brillante matemático egresado de la elitista universidad de Harvard que renuncia a la comodidad de la profesión académica, y reniega del contacto social para convertirse en un anacoreta de los bosques. En el *Manifiesto sobre el capitalismo tecnológico* publicado en los principales periódicos del país cuando aún se desconoce su identidad, Thomas Munk expresa una crítica severa en contra del sistema capitalista, que ha fijado la falsa creencia de su duración eterna. Lo que Munk señala de manera sutil es que ha ocurrido una distorsión: la fe en la eternidad de Dios ha sido sustituida por la perversidad del dinero. La cantidad infinita de información circulante por el internet, en el cual cualquier persona puede publicar cualquier texto que es rápidamente olvidado, ha producido la masificación de la ignorancia. El despotismo del avance tecnológico ha minado el efecto de la palabra escrita. La única manera de transmitir su mensaje condenatorio de la producción capitalista y sus consecuencias destructivas (de la cual el conocimiento científico es una de sus ramificaciones más perniciosas) es mediante actos violentos que trastornen de forma instantánea la apacible monotonía de la vida cotidiana. Los extractos del *Manifiesto sobre el capitalismo tecnológico* citados por Renzi y la biografía sucinta de Munk narran la configuración del complot. En el ensayo “Teoría del complot”, publicado por primera vez en 2002 y que se incluye en su *Antología personal*, Piglia establece

un marco conceptual sobre la manera en que se articulan los complots y las conspiraciones subterráneas y lo ilustra con textos claves de la literatura argentina: *Los siete locos* de Roberto Arlt; “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, “Tema del traidor y el héroe” y “La lotería de Babilonia” de Jorge Luis Borges y *Museo de la novela de la Eterna* de Macedonio Fernández. Allí, Piglia afirma que “el relato mismo de un complot forma parte del complot y tenemos así una relación concreta entre narración y amenaza. De hecho, podemos ver el complot como una ficción potencial, una intriga que se trama y circula y cuya realidad está siempre en duda.” (“Teoría del complot”, 99) En el *Manifiesto sobre el capitalismo tecnológico* Munk relata los fundamentos teóricos de su complot para justificar las muertes de los científicos, en otras palabras, trata de explicar, de dar orden al caos que ha creado, y además anuncia veladamente que el terror continuará. Un hombre solitario decide enfrentarse al Estado capitalista, un enemigo sustentado en un poder que se filtra invisiblemente en cada escondrijo de la sociedad. La captura de Thomas Munk señala un hecho innegable: la acción individual es insuficiente para derribar al Leviatán de mil caras que es el Estado moderno.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Piglia, Ricardo. *Blanco nocturno*. Anagrama: Barcelona, 2010.
- \_\_\_\_\_. *El camino de Ida*. Anagrama: Barcelona, 2013.
- \_\_\_\_\_. “Teoría del complot” en *Antología personal*. Fondo de Cultura Económica: México, 2014. 99-118.



# Las “realidades históricas”

Sergio Antonio Corona Páez

Cuando yo era estudiante de administración de empresas en la Escuela de Comercio y Administración de Torreón (actualmente FECA) y para mayores señas, entre los años de 1969—1971, un maestro de la asignatura de economía tenía un dicho (algo pícaro por cuestión de nemotecnia) para definir dos procesos. “Inflación —decía— es cuando un huevo cuesta un peso”. Y “deflación —decía también— es cuando un peso cuesta un huevo”. Si nos ponemos a hacer cuentas, un peso de aquella época equivale a un milésimo de nuestro peso actual. Y se tenía por tan disparatado el pensar que un solo huevo pudiera costar un peso, que se usaba como ejemplo del precio inflacionario.

Pues bien, una revisión de precios actuales de ese producto nos habla de una realidad tan atroz que se ha buscado ignorarla por todos los medios posibles, incluso quitando ceros a la moneda. Porque el continuo proceso inflacionario de 1977 al 2015 supera infinitamente al que pudo darse en 300 años de período colonial novohispano.

A manera de comparación, si tomamos en cuenta la oferta de huevo de diferentes marcas comerciales en sus diversas presentaciones y categorías al 15 de abril de 2015, como lo son el “huevo extra”, “blanco”, “orgánico rojo”, “de libre pastoreo”, “jumbo blanco”, “light”, “rojo”, notaremos que sus precios (por cada huevo) oscilan entre \$2.13 y \$5.25, y que el promedio se sitúa en \$2.76 por pieza.

Pero debemos recordar que en los términos de mi maestro de economía, estaríamos hablando de 2,130.00 pesos por cada huevo, y de los más económicos. A él ya le parecía descabellado en extremo que un huevo pudiera costar un peso.

¿Qué ha sucedido, pues, con la economía y con el poder adquisitivo? ¿Cómo ha sido posible este encarecimiento de la vida y empobrecimiento de las posibilidades familiares de bienestar?

Solamente podemos atribuir este fenómeno económico y social a la mala administración de la clase política mexicana. El proceso inflacionario galopante comenzó al final del sexenio de Luis Echeverría, cuando puso a “flotar” el peso (un eufemismo que la cámara de diputados aplaudió

en septiembre de 1977. Y desde entonces no ha parado. Fue tan grave el proceso que en 1993 el presidente Salinas puso en vigor el “nuevo peso” (con tres ceros menos). Una maniobra de carácter político que buscaba manipular la memoria histórica de los mexicanos. A pesar de que los gobiernos de 1977 a 1993 eran los responsables del enorme deterioro de la economía nacional, no quisieron asumir el costo político. Con la creación del “nuevo peso” —pensaban— crearían

una cortina de humo que les permitiría continuar en el poder con gobernabilidad. Los mexicanos, sobre todo las nuevas generaciones, no serían conscientes del inmenso robo que la clase política había cometido en contra del bienestar de la ciudadanía.

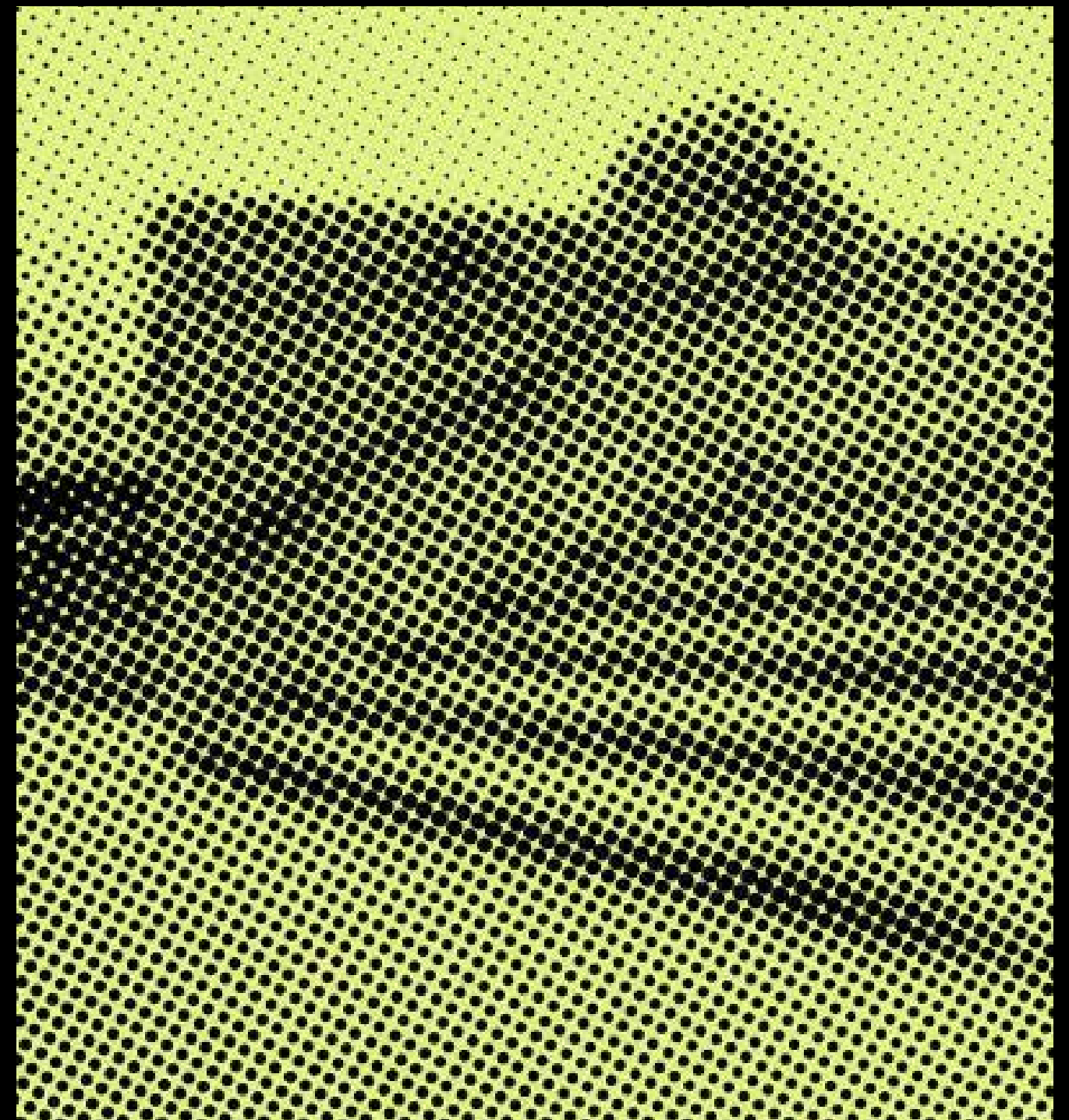
Los dispendios y malos manejos continúan hasta el presente sin que los diputados cumplan con su obligación, que es la de representar los intereses de la ciudadanía en contra de las decisiones

o acciones dañinas del poder ejecutivo o el judicial. Continúan las alzas inflacionarias, los sueldos congelados, la impunidad, el enriquecimiento ilícito, los conflictos de interés, el alza e incremento de impuestos, los pésimos servicios de salud, y ni para qué mencionar las miserables tasas vigentes de jubilación. No cabe duda de que la clase política mexicana es extraordinaria cuando se trata de crear “realidades históricas”, o bien de desaparecerlas.

## Sergio Antonio Corona Páez

(Torreón, 1950). Es licenciado en Ciencias y Técnicas de la Comunicación por el ITESO, y posee maestría y doctorado en Historia con mención honorífica por la Ibero México. Dirige el Centro de Investigaciones Históricas de la Ibero Torreón. Científico social, investigador y autor de libros monográficos, colectivos, ponencias y columnas periodísticas. Ha publicado además numerosos artículos dictaminados en revistas científicas de varios países, y ha recibido diversos reconocimientos internacionales de carácter académico, entre ellos los premios Gourmand 2012 como autor del mejor libro de historia del vino en México, y otros dos como coautor colectivo del mejor libro, de España y del mundo, sobre «Turismo del vino». El doctor Corona Páez es miembro de diversas instituciones científicas, académicas y honoríficas en México, Chile y España. Ciudadano distinguido y cronista oficial de Torreón desde 2005. Presea al Mérito Académico «David Hernández, S.J.» (2012) de la Ibero Torreón.

sergio.corona@iberotorreon.edu.mx





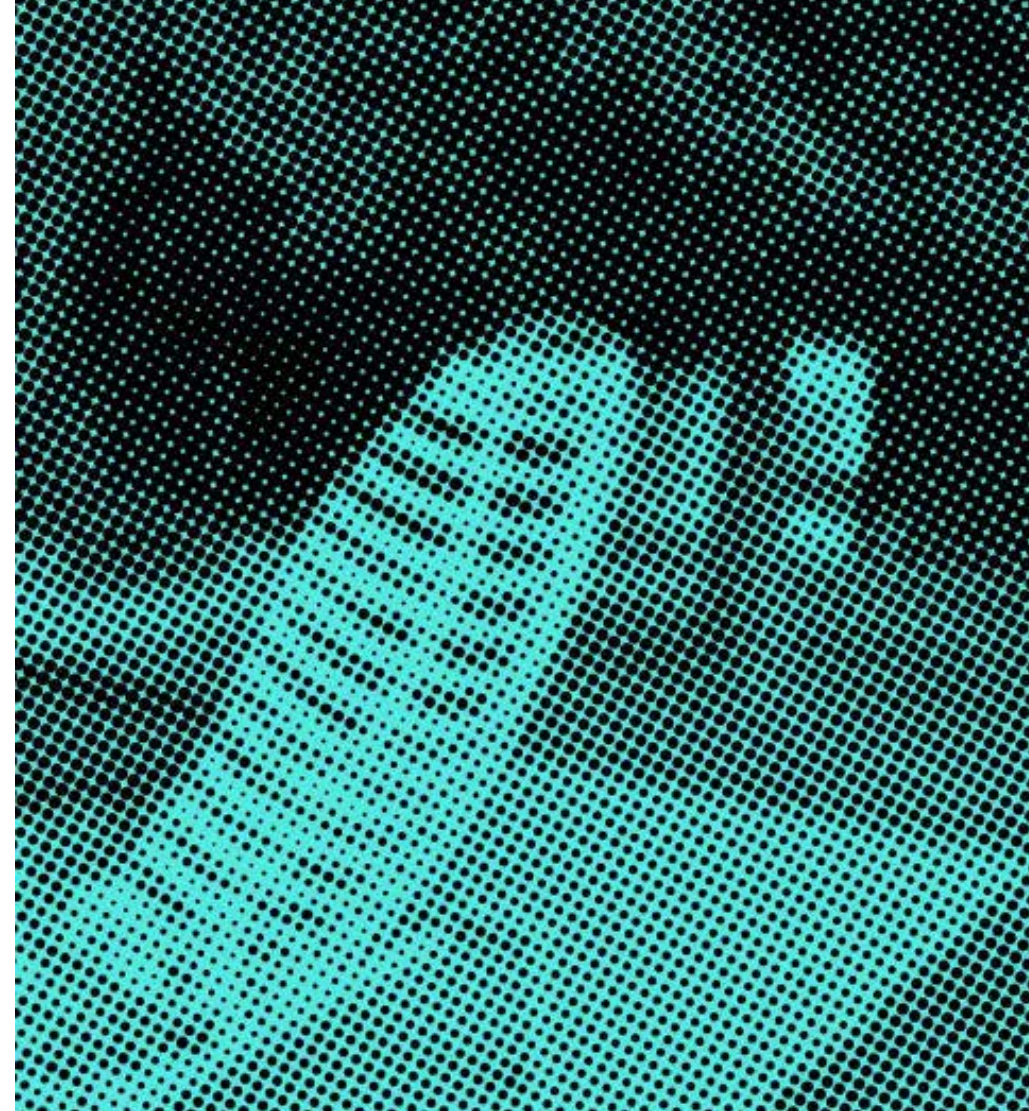
# La pasión de la reina de hielo

Eve Gil

*La alegría por el dolor es maliciosa, tiene veneno.*  
F.G

Le-  
yendo a Fleur Jaeggy me vino a la mente una frase de Jean Baudrillard: “La ausencia seduce a la presencia”. Aunque las *nouvelles* de esta autora suiza, nacionalizada italiana, son muy breves, podrían generar otras tantas con lo que se deja entre líneas. La crítica ha sido muy reiterativa en cuanto al absurdo de la “pasión fría” de Fleur (“Flor” en francés), lo que haría suponer que es la suya una escritura oscilante entre el preciosismo y el laconismo, contra la intriga y el deleite. Y no es exactamente así. Más que hablar de frialdad, elemento que insisten en emparentar con la perfección —la escritura de Fleur es perfecta, simétrica, “concisión de epitafio”, dice la escritora Flavia Company, pero nunca fría—, yo atribuiría esta extraordinaria veta estilística a una asombrosa capacidad para salirse de sí misma y contemplar el discurrir de la propia escritura. Algo inequívocamente autobiográfico que pudiera empujarla a ser cruel consigo misma. Pero salta a la vista que deplora la autocompasión, que de hecho puede ser despiadada.

Nacida en Zurich, en 1940, Fleur rondaba la treintena al momento de publicar su primera novela, *Il dito in bocca*, en 1968, mismo año en que abandonó su natal Zurich para afincarse definitivamente en Milán. Como detalle curioso podemos acotar que es esposa del afamado escritor y editor Roberto Calasso y fue la escritora predilecta de Susan Sontag. Su vida personal, sin embargo, es un enigma —odia ser fotografiada, no obstante haber sido modelo en su juventud—; enigma relativamente fácil de resolver si nos apoyamos en sus novelas y las comparamos con los datos sueltos de su vida. Por ejemplo: *Proleterka* (TusQuets, 2004, traducción del italiano de Ma. Ángeles Cabré, Premio Viareggio, 2002) es, sin duda, la continuación de *Los hermosos años del castigo* (TusQuets, Col. La flauta mágica, 1991, traducción de Juana Bignozzi, Premio Bocaccio 1994), cuya protagonista, sin nombre ni apariencia (aunque dice tender a “opulenta”) es una adolescente recluida en un internado para señoritas



de Appenzel, muy cerca del manicomio donde estuvo recluido Robert Walser durante varios años y quien murió mientras daba un paseo, sepultado en la nieve, personaje al que creo reconocer en el “loco” de *El ángel de la guarda*, al que las niñas-adultas protagonistas —y huérfanas— adoptan como pariente para contar con un pretexto que les permita salir los fines de semana de lo que parece ser un internado donde moran solas.

Una de las cosas que más lamenta la narradora es no haberle dejado una flor en la inadvertida tumba de ese loco maravilloso. La chica se rebela, entre otras cosas, al idioma impuesto por su madre, quien desde Brasil parece manipular un control remoto sobre ella: el alemán. Nada le parece más cursi que la

compañera de cuarto que le han endilgado, por el simple hecho de ser alemana, y que se arregla el pelo como para un baile cuando se prepara para dormir. Hagamos hincapié en el hecho de que, desde su primer libro, Fleur desdeñó no solo la lengua materna, sino también aquella en la que tan esmeradamente se le educó para optar por el de su patria adoptiva: el italiano. Se le considera, pues, una escritora italiana. Nada más apartado, sin embargo, de la literatura italiana que Fleur Jaeggy, quien sobria, precisa y contenida, desnuda de metáforas y pletórica en frases incisivas, casi aforísticas, guarda mayor parentesco con Goethe, el propio Walser y, por supuesto, Kafka. Todavía más semejanza en cuanto temperamento con la austriaca Inge-

borg Bachman. Para muestra el siguiente botón: “(...) A todos nos ha sucedido comprar un viejo libro y encontrar en él pétalos que, apenas los tocamos, se deshacen en polvo. Pétalos enfermos. Flores de tumba.” (*Los hermosos años del castigo*, p. 31).

*Proleterka*, que escribió en la torre más alta de un castillo alemán, que perteneciera alguna vez a Achim y Bettina von Armin y hoy al Estado, es narrada por una adolescente que ha vivido recluida en un internado, hija de un padre al que ve solo durante las vacaciones. Una relación distante, sin curiosidad, sin fuego. Triste. La adolescente de *Los hermosos años...* describe a su padre de la siguiente manera: “(...) Yo pensaba en mi daddy, en los innumerables hoteles de las vacaciones, de invierno y de verano, en ese viejo señor con los cabellos blancos, los gélidos ojos claros, melancólicos. Que habrían empezado a entrar en los míos”, La joven protagonista de *Proleterka*, que se nombra a sí misma, en tercera persona, “la hija de Jonahess”, describe exactamente igual al padre con quien habrá de emprender una travesía a bordo del barco cuyo nombre da título a la novela: “(...) El Proleterka es el lugar de la experiencia. Cuando acabe el viaje, ella debe haberlo aprendido todo. Al final del viaje, la hija de Johaness incluso podrá decir: Nunca más, nunca más.” (p. 95).

Hasta aquí, resulta evidente que ambas novelas tienen por protagonista a la misma chica, que quizá sea también la niña repudiada por su madre en *El temor del cielo* (1998, Premio Moravia 1994), criada originalmente por una abuela materna que parece no tener sangre en

## Eve Gil

(Hermosillo, Sonora, 1968). Ha obtenido, entre otros reconocimientos, el Premio Nacional de Periodismo Juvenil Fernando Benítez, en 1994; mención honorífica en el Certamen Nacional de Poesía Anita Pompa de Trujillo en 1993 y el premio nacional de cuento Efraín Huerta en 2006. Es autora de las novelas *Hombres necios* (1996) y *El suplicio de Adán* (1997) con las cuales fue premiada en los certámenes La gran novela sonorensa y El libro sonorensa. Ha sido becaria del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Sonora entre 1993 y 1994 y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, en la categoría de Jóvenes Creadores, entre 1995 y 1996. Colabora en diversas publicaciones de circulación nacional como *Etcétera*, *Siempre! Equis*, *Viceversa* y *Ovaciones en la Cultura*.

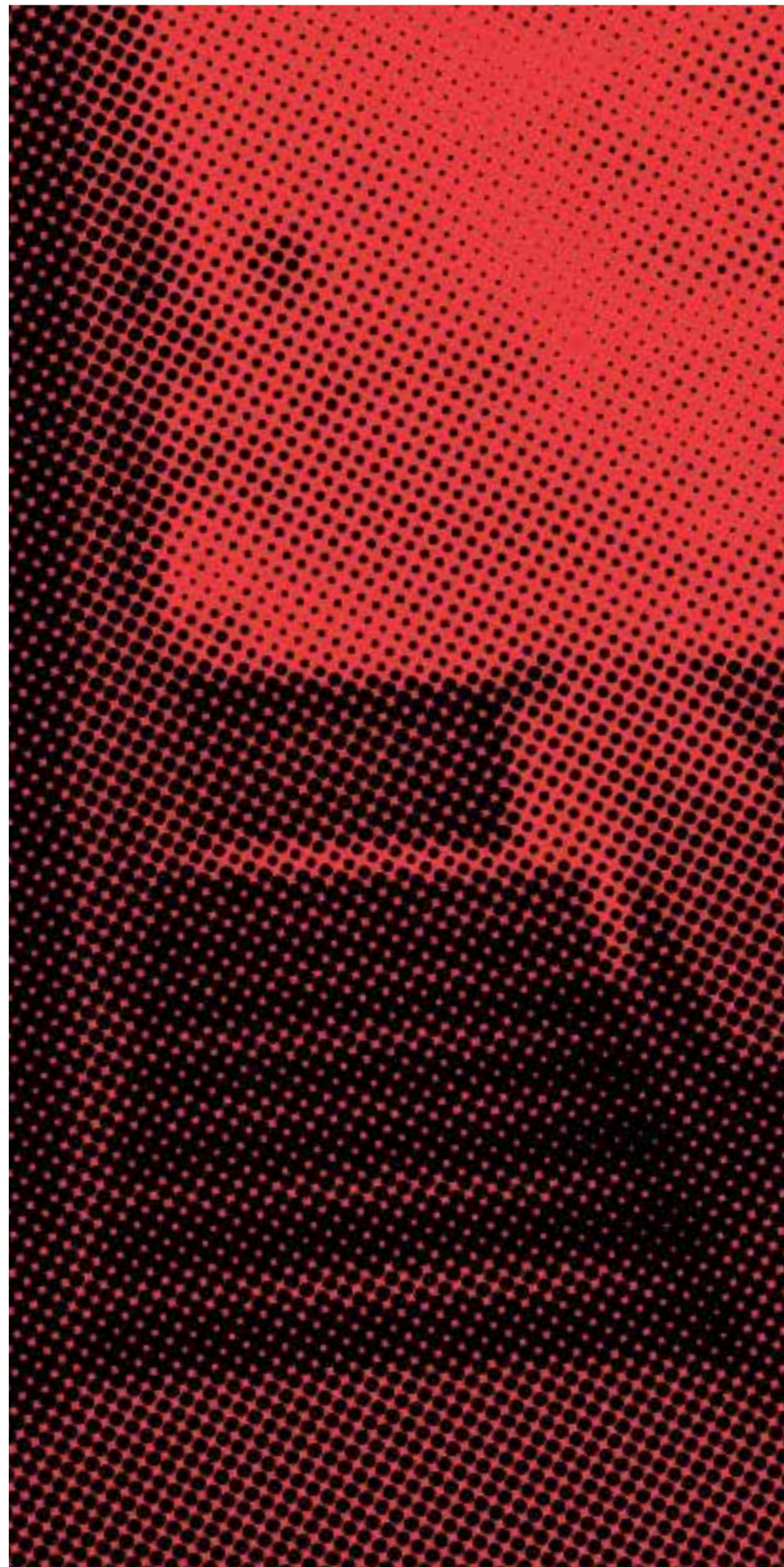


las venas, “a nada me parecía tanto como a su retrato colgado en el comedor”; hija de un frágil caballero de gélidos ojos azules, inmerso en una cofradía de amigos tan sedentarios y anquilosados como él, y de una señora que queda peor parada en *Proleterka* que en *Los hermosos años...*, al desencadenar un desenlace tan catastrófico como inesperado. Una señora que ni siquiera posee nombre y a la que la jovencita nombra como los sellos de las cartas conteniendo instrucciones que eventualmente recibe: Brasil. Odio tibio. Nada parece vincular a esta chica con su padre, todavía menos aún, con su madre (por él siente al menos una pizca de compasión); la niña es un ser excéntrico en toda la extensión del término, habitante de un mundo personalísimo donde apenas tienen cabida la literatura, la escritura, Beethoveen y el piano Steinway que recoge sus primeras confidencias y es testigo único de que su omnipotente madre existe... como Dios. Ni siquiera Frédérique (de *Los hermosos años...*), ni Nikola (de *Proleterka*), los únicos que de algún modo logran penetrar en su corazón, llegan a conocerla jamás. Ni ella a ellos.

La hija de Johaness es la anti-Claudine por antonomasia. Despojada de sensualidad, quien sabe si a la fuerza; invadida por la certeza de no tener sitio en el mundo, mezquina, poco espiritual pero sensible como el filo más ínfimo: “Ya tenía casi quince años y el libro estaba lleno, sin que yo lo supiera, de una vetusta infancia.” A pesar de haber sido escritas en plena madurez, las novelas adolescentes de Fleur desentrañan espléndidamente a una niña acorralada y ansiosa de reconocerse en cualquier

espejo. Tras seis años de soledad en el internado de *Los hermosos años...*, la protagonista descubrirá en la recién llegada Frédérique a la única amiga que desearía

tener y la que no parece simpatizarle a ninguna de sus compañeras...excepto a ella, la narradora. Una chica todavía más excéntrica, metódica y ordenada



hasta la manía y, no obstante, salvaje. A la narradora su abuela le ha declarado abiertamente su repudio por encontrarla “selvática”, lo que me hace pensar en un jardín a simple vista hermoso, poblado por densas espinas. La amistad entre estas jovencitas, tan sin confidencias, casi autista, abundante —y redundante— en miradas y complicidades tácitas, jamás se consuma en una relación carnal, no obstante que la protagonista se reconoce enamorada de su amiga. Fleur logra sacarle la vuelta al erotismo implícito en esta peculiar relación amorosa con admirable malicia, por lo que es posible atribuirle lo mismo que su narradora dice de Frédérique: “Ella decía que la inocencia es una invención de los modernos”. En esa escuela palacete donde las niñas pequeñas solicitan formalmente su protección a las mayores y todas pasean en pareja, tomadas de la mano, y la directora parece haber adoptado como mascota a una negrita deliciosa, hija del presidente de un país africano, se percibe la tácita permisividad de un safismo más fruto de la etiqueta y las buenas costumbres que del deseo: apenas un episodio aislado de intento de consumación por parte de una niña que se mete bajo las sábanas a la protagonista y es arrojada de allí con rudeza: “(...) En los colegios, al menos en los que estuve, se prolongaba, casi hasta la demencia, una infancia senil. Sabíamos por qué esas muchachas mayores, de postrada vivacidad, estaban sentadas en las horas de recreo, como esperando, susurrándose entre sí o cuidándose la piel...” (*Los hermosos años...*, p. 40)

En *Proleterka*, la misma chica se iniciará sexualmente con el único hom-

bre joven que viaja en el barco, Nikola. Sin deseo y, claro, sin amor. Pero no se engaña a sí misma, justificando esta incursión en el sexo con lo segundo. La experiencia es, más que desalentadora, brutal, y sin embargo no será la única, ni Nikola el último. ¿Qué es lo que busca la sensata hija de Johaness al entregarse a relaciones inhumanas —“rifarse entre la tripulación”, dice ella— y que no la proveen de la mínima emoción?, “No me gusta, no me gusta, piensa. Y sin embargo, de todas formas lo hace.” La respuesta se lee entre líneas: es una necesidad de afecto que la empuja a buscar, a buscar y a buscar. Pero también es una venganza contra su propio cuerpo que se niega a manifestarse humano, deseante... tal es el hábito de acceder como una máquina a las instrucciones de Brasil. Una de tantas niñitas en serie fabricadas en el seno de la burguesía luterana (aunque la madre, Brasil, insiste en que acuda a misa en la iglesia católica).

Casi todos los personajes de Fleur son niñas. Los pocos adultos que se deslizan por sus vidas, ya sea como padres ausentes, o como el enigmático Botvind de *El ángel de la guarda*, parecen menos maduros en medio de su autoritarismo. Por momentos pareciera que los niños son, en realidad, adultos simbólicos. Su lenguaje, sus conocimientos sobre la vida y su familiaridad con la reflexión y la filosofía, sin dejar de estar impregnada de cierta ingenuidad, nos las exponen como niñas sin infancia. En su precioso libro de ensayos, *Vidas conjeturales*, Fleur nos presenta a tres niños extraordinariamente maduros que devienen adultos inmaduros, como si en eso consistiera el misterio de la genialidad: Tho-

mas de Quincey, John Keats y Marcel Schwob. Niños capaces de colocarse por encima de los padres, y sin embargo incapaces para hacerse respetar por sus hijos. Se apartan de la realidad práctica desde la primera infancia y se mantienen tras la raya hasta el último suspiro. Fleur realiza, refiriéndose en concreto a estos autores, una inquietante comparación entre el campo de batalla y una nursery; se pregunta cuántos cadáveres pueden tener lugar en las mentes encantadas de esos niños. Los niños, señala, son criaturas metafísicas que pierden este don muy pronto, a veces en cuanto dejan de hablar. En la preservación del mismo se localiza el origen de todo artista.

En sus escasas entrevistas, Fleur se muestra parca, prudente. Sus frases resultan tan breves y contundentes como en su escritura. No usa ordenador sino máquina de escribir y cuando alguno de sus escasos entrevistadores le hace ver lo que él considera un desfase de la civilización, la mujer responde: “Escribo a máquina desde hace más de treinta años y me gusta el ruido de los tipos al golpear sobre el papel”. Además, necesita escribir con una pared desnuda a su espalda. De Fleur Jaeggy ha dicho Susan Sontag: “es una escritora maravillosa, brillante, salvaje. La admiro profundamente”, mientras que el exigente crítico y escritor italiano, Giorgio Manganelli, se ha expresado de ella en los siguientes términos: “Una narración tan esencial, tan desnuda y a la vez inquietante, se sustenta en un estilo que parece sobrio, púdico, pero en realidad está preñado de resonancias refinadamente agrias, testimonios que crean un exquisito malestar”.



# Uno tiene su aullido

En recuerdo del poeta Max Rojas

Renata Iberia Muñoz

*No estaré mucho tiempo porque es tarde  
y aún tengo que juntar ciertos recuerdos,  
despedirme de aquellos que me olvidan  
y volver, otra vez, donde mi muerte.*

*Antes tengo que hacer otras cositas:  
desempolvar mi acta funeral y un traje oscuro  
y hallar a esa mujer que me hizo polvo.*

*Me rajo de tentar tanto esta herida  
y pongo a este señor por juramento:  
a punto de llorar pido disculpas,  
y parto a ver si encuentro otra caída.*

JORGE MAX ROJAS / *EL TURNO DEL AULLANTE*

Toda voz sonaba blanda hace dos años. Como consecuencia, no tardó en crearse en mí un ansia obsesiva por encontrar a un poeta completamente amargo, que ya no diera rodeos en lo ridículo. En otras palabras, quería a un verdadero maldito. Buscaba al poseedor de un desconsuelo que pudiera ofrecerme, a su manera, un alivio a través de la palabra. Mi pesquisa culminó por cuestiones fortuitas. Conocí a través de mi padre (esto del *palabraje humano* puede resultar ser algo no tan malo) el nombre: Jorge Max Rojas. Con el ligero recelo que causan los autores nunca antes escuchados, indagué por cualquier escrito que me diera un esbozo de lo que escribía este hombre al que fui introducida con una especie de advertencia: era una bestia con las palabras.

El primer poema que leí fue “Algo cruje”. La búsqueda por la voz de quejido similar llegó a su fin. Algo crujió, sí, algo se desgarró, también, pero sobre todo, algo se sació. La exasperación casi colérica por encontrar un lenguaje hermano se frenó al leer el último verso de ese pequeño poema. No necesité más. Alguien me escribía a gritos que algo en alguna parte *roe campanas, masca niebla, mastica huesos* y se está *muriendo a escombros*. Y yo, igualmente, amaba creerlo así. No era posible nece-

**Renata Iberia Muñoz**  
(Torreón, Coahuila, 1997). Estudiante de preparatoria. Instructora de literatura en la fundación Mentec con Alas, A.C.  
renataiberia@gmail.com



sitar más y nunca pude recuperarme de ese gran jalón. Me enteré después de que Jorge Max dijo alguna vez, y con mucha razón, que “una poesía que no da el chingadazo, pues no es poesía”, y a mí me lo dio de tal manera que desde esa primera lectura no me separé de la escasa obra del autor a la que he tenido acceso en La Laguna.

Descubrí que un poema de Jorge Max Rojas podía hacer trizas a mucho de lo que yo daba por bueno. Cada uno de sus versos poseía un nervio colosal, una entereza extraña. Jamás había visto ciertos términos obtener la electricidad que el poeta les imprimía, era insólito. Los poemas despedían fuerza sísmica. Sin muchos adornos, arrasaban, y si las páginas pudieran sentir lo escrito, temblarían. No queda en mí un lugar para las dudas: Jorge Max Rojas es el maestro de *maldecir espinas por la boca*.

Cabe mencionar que el caso de la poesía de Rojas es peculiar. Hay un marcado uso de mexicanismos, de expresiones populares, y las palabras que emplea son de uso común. La magia se revela con el giro que él les da. Por esto, leer a Max Rojas provoca querer escribir como Max Rojas, tarea noble, pero irrealizable. Son difíciles de emular versos como “Descalabrado del lenguaje —y luego, / con quién hablar si a nadie /le importa mi gritada, / y nadie, en fin, / se va a dejar caer por estos huecos / en que anda mi bramido balbuciendo”, y “me crujo / del tanto temblequear de que ese hueco / del mucho adolorar se me deshueque / y ya ni hueco en qué caer

tengamos / ni mi agujero ni mi yo, / tan deshucado vertebral volvido / que ni a madrazos mi almaraje quiera /ponerse a recoger su trocerío”.

Lo único que me pudo conectar al autor físicamente fue un engargolado rojo que mi padre me dio. Después de haberle expresado mi alegría por el descubrimiento, este objeto pasó a mis manos y se ha quedado tan próximo a mí como un compañero. *El turno del aullante* es el poemario más leal que poseo hasta la fecha. Recorro a él con frecuencia, en ocasiones con nerviosismo. Según la historia, otros fueron dueños de estas hojas, y me satisface pensar que en esa cadena de poseedores el último eslabón por ahora soy yo.

Horas de noches y días han sido marcadas por la tinta y las pulsaciones de Rojas. Queda un rastro humilde de esto en mi expresión escrita. No se puede velar tanto a alguien, sobre todo a un autor, y no llevarse algo, aunque sea pequeño, al terminar. Él queda fijo como una de mis influencias más considerables, y más que eso, permanece en mi memoria que su habla llegó a mí en la verdadera necesidad y que cumplió el mismo papel durante los años que le siguieron. Fue bálsamo y arrullo para, como dice él, momentos de *llamar a no sé quién con qué silencio, a no sé quién con qué alarido, con qué ganas de llegar a alguna parte*.

Es por esto que cayó y cae (el dolor sigue presente) como una tormenta para mí la noticia de su muerte, acontecida el viernes 24 de abril. Siento una tristeza

grande y un arrepentimiento agudo. Entre otros usos, le doy principalmente a este texto el de la concordia. Necesito perdonarme de alguna forma la terrible decisión que tomé de mantener la barrera lector/admirador-autor. El miedo a hacer un espectáculo de mi timidez me condujo a optar por la admiración en silencio, de lejos. Los repetidos elogios que el poeta recibía por su calidez y apertura hacia los jóvenes no fueron suficientes. En el mundo de las letras generalmente se admira a los muertos o a los inalcanzables. Es raro admirar a un autor accesible, y Jorge Max Rojas lo era por voluntad, pero no supe cómo beneficiarme de ello.

Me queda creer en mi ilusión de que la muerte, en este caso, cumpla esa misteriosa función de catapulta que tiene a veces y que el trabajo de Jorge Max Rojas ocupe su merecido lugar solemne. Que esto de buscar su poesía por recovecos, con poca esperanza de éxito, y recibir un invariable “no, aquí no está”, acabe. Que se difunda la palabra del que lo amerita.

Ahora bien, cada quien trae su alarido, pero hay uno que coincide más con el propio. Señor Rojas, me gusta creer que el suyo y el mío no estaban tan lejos. Alguna vena en común debimos tener. *Queda hueco el aire*, es cierto, y para una muerte tan grande como la suya *el duelo alcanza otra vez la estatura del viento*. Adiós y confío en que no es tarde para agradecer, Jorge Máximo Rojas, máximo aullante. El eco de su alarido retumbará y volverá a nacer, aquí, para siempre.



# De *Defensa de la poesía*

Rodolfo Alonso

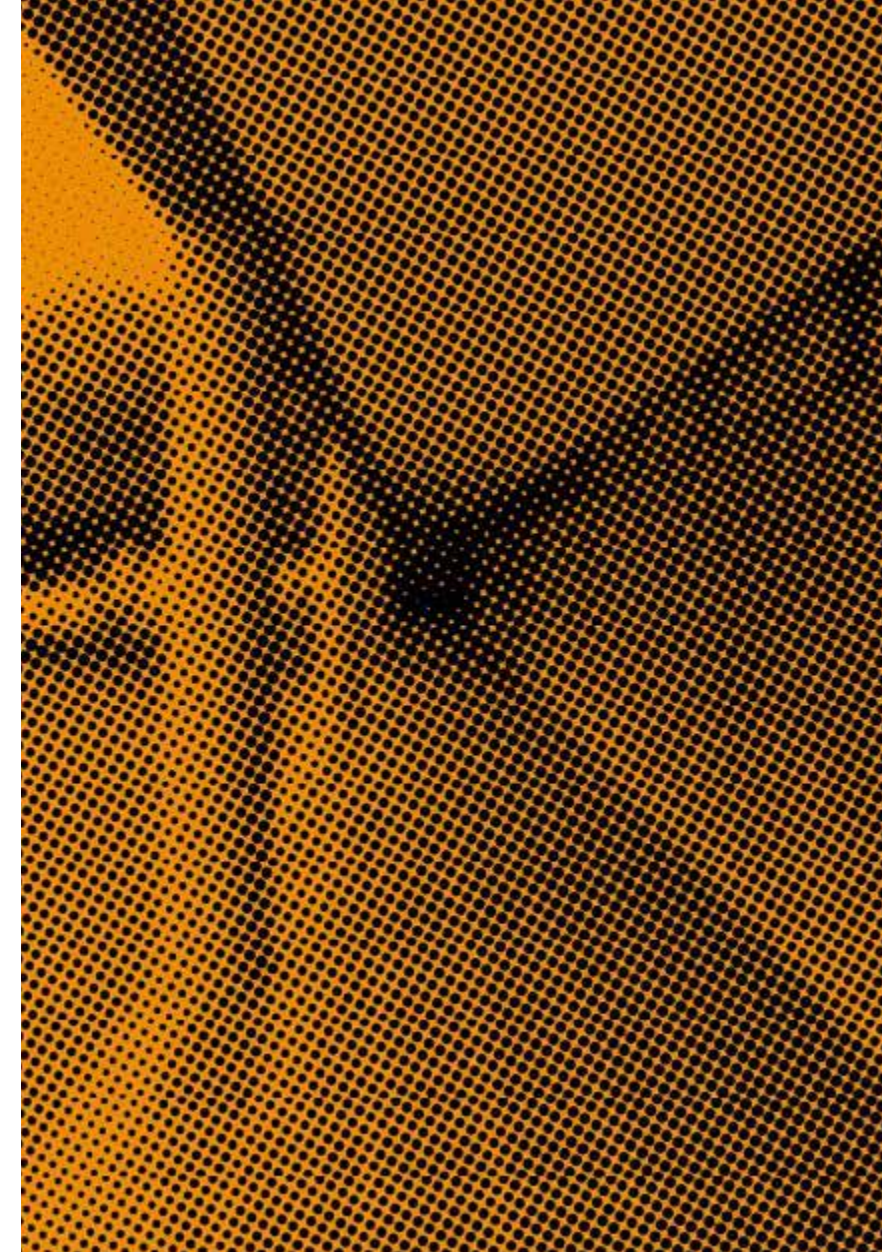


## La vida cambia

No una sino varias veces me tocó susurrar en diferentes páginas cómo, a mi modesto entender, eventuales y hasta cambiantes circunstancias ajenas a su estructura específicamente literaria pueden modificar la lectura y por lo tanto la aprehensión de un texto, así como también puede llegar a existir poesía sin necesidad de palabras y en consecuencia sin concretar el poema escrito, por ejemplo en un gesto, en un paisaje, en un sentimiento, en una acción o en un recuerdo, por citar sólo algunas de las muchas y ricas posibilidades.

## Relaciones

Cuando los avatares de este casi oficio nos enfrentan por azar con el trabajo de algún amigo o conocido, los desafíos que implica toda pretensión de juicio se duplican realmente. Porque resulta aún más exigente, en ese caso —y al menos a mi modesto entender— la necesidad por lo menos teórica de dividir persona y obra, sujeto y producción, textos y afectos. Dura, hartamente improbable tarea, por otro



lado, que ni el supuesto evaluador ni tampoco el comentado lograrán quizá nunca totalmente a ciencia cierta, porque el lenguaje —y muy especialmente en poesía— opera justamente con *todas* sus resonancias, y aunque el texto ha de primar, valer y defenderse por sí mismo como organismo vivo y desnudo, siempre llegará a nosotros (y a *cada uno* de nosotros en forma personal, diferente) preñado de diversas circunstancias, cargado de atavismos y recuerdos no siempre manipulables por la mera razón o a nuestro gusto. Quizá lo que venimos llamando *poema logrado* sea justamente el que se nos hace capaz de emerger, ni-

tidamente, engarzado en su texto, vuelto lenguaje vivo, inalterable, de entre tantos escombros de pura realidad.

## El primer sol

La patria del hombre es su infancia, afirmó al parecer Rainer Maria Rilke, no poco sabiamente, alguna vez. A lo que bien podríamos agregar y, sobre todo, cuando es poeta. Porque esa primera mirada sobre el mundo, ese primer asombro, ese *pasmo* —como bien dijo Pedro Salinas—, cuando duran para siempre, cuando perduran son un seguro acceso a la experiencia poética. Esa experiencia profunda, íntima, irradiante, como la

de un “descubrimiento” que, de algún modo, así como para los ojos niños de cualquier infancia más o menos despierta, también debe haber sido igualmente deslumbrante para los ojos niños de la especie, el hombre primitivo.

## Orillas

Generalizando, lo que no deja de acarrear sus riesgos, hay quien adjudica a la literatura rioplatense el inclinarse preferentemente hacia la introversión y la melancolía, mientras que otros ámbitos geoculturales de nuestra América Latina, como el caribeño por ejemplo, serían más dados a la extroversión y al entusiasmo. Y aún admitiendo esa vaga afirmación apenas como tendencia, para la cual es imposible no tomar en cuenta las inevitables excepciones (a veces tan notorias que saltan a la vista), en el caso de nuestros hermanos orientales no sólo se debe encarar por supuesto la cuestión obra por obra, con sus raigales, esenciales peculiaridades particulares, sino también prestando oído atento a las sutiles disonancias entre ambas orillas, por otra parte tan afines. Ya que no es lo mismo, evidentemente, la forma concreta con que responden a ese pathos un Borges o un Onetti, por citar nombres máximos. Como siempre, por suerte, y aún mucho más en artes del lenguaje, los ineludibles matices de cada personalidad, de cada entonación, de cada acento, hacen felizmente imposible —también aquí— todo maniqueísmo.

*Defensa de la poesía*, Rodolfo Alonso, Universidad Veracruzana-Universidad Iberoamericana Torreón, 2014, 115 pp. Ejemplares disponibles en la Ibero Torreón.

## Rodolfo Alonso

(Buenos Aires, Argentina, 1934). Poeta, traductor y ensayista con más de 30 libros, Rodolfo Alonso es una voz reconocida de la poesía latinoamericana y primer traductor de Fernando Pessoa y sus heterónimos. Tradujo además a grandes poetas del francés, italiano, portugués y gallego. Sus libros han sido publicados en Argentina, Bélgica, España, México, Colombia, Francia, Brasil, Venezuela, Italia, Cuba, Chile, y por su obra ha recibido premios en Argentina, España, Venezuela, Brasil y Colombia. Con prólogo de Lêdo Ivo, esta misma editorial publicó en 2011 sus *Poemas pendientes*. rodolfoalonso2002@yahoo.com.ar



# Conducta o la vida a contracorriente

Sergio Garza Saldívar

**C**onducta (Cuba, 2014) es comprender la vida de un niño de doce años con una madre alcohólica, drogadicta y, quizá por lo mismo, ligada a la prostitución; es vislumbrar el posible destino de un niño que a esa edad no sabe quién es su padre porque ni su madre logra identificarlo; es acercarse a la realidad, que de infantil no tiene nada, de un muchachito que se encarga de ganar dinero para poder solventar los gastos propios y además atender a su mamá e intentar darle de comer o ayudarla a que se vaya a la cama cuando ella no sabe de sí. Hacer este acercamiento es casi como develar un negro horizonte, una trama pesada, hacer un viaje a un terreno deprimente, opresivo, acercarse a un territorio en el que la esperanza pareciera no tener cabida. Sin embargo, la propuesta que hace Ernesto Daranas en su *Conducta* abre el telón para mirar una problemática así desde una perspectiva cálida, tierna, amorosa y humana.

*Conducta* fue presentada en la segunda jornada de la 57 Muestra Internacional de Cine que la Universidad Iberoamericana Torreón ofreció en febrero de 2015. Se trata de la cuarta producción escrita y dirigida por el cubano Ernesto Daranas, que además ha sido premiada en diferentes festivales internacionales.

Una película que habla del verdadero sentido de la educación, en el que más allá de la mera transmisión de una ideología, se plantea la idea de participar, junto con los alumnos, en la construcción de una posición ante la vida, de una postura auténtica en la que no se puede seguir sólo con las reglas establecidas de un sistema educativo; se trata de hacer surgir, a través de la relación personal, del vínculo amoroso, la posibilidad de que cada alumno se vea a sí mismo en su propia realidad y abra para sí caminos más venturosos.

Entre algunos otros personajes, son dos los que sobresalen claramente. Chala es ese niño del que hablábamos al principio; muchacho de sexto de primaria al que la vida no le ha dado mucho pero que ha sabido encausar y enfrentar los retos de su difícil existencia; un niño vuelto adulto precoz ante una madre solitaria que no puede asumir su propia adultez. Y Carmen, una experimentada maestra que a lo largo de décadas ha

aprendido a acompañar a sus pupilos, comprometiéndose con ellos más allá de las paredes del salón. De la relación de ellos dos y los avatares de sus vidas penden el argumento y la historia.

El tono afectivo con el que se presentan las distintas escenas es atinado. La fotografía, aunque no es deslumbrante ni espectacular, es cálida, cercana, y por ello muestra fielmente las expresiones afectivas y los sentimientos de cada uno de los personajes. El personaje de Carmen es realmente memorable, inspirador; se trata de una “profe” (como le dicen sus alumnos) que incluso en la aparente terquedad de mantener su propia posición en defensa de su grupo, asume los riesgos, enfrenta la burocracia institucional y encara las problemáticas que sus alumnos tienen.

Un detalle significativo que plasma el ímpetu interior del personaje principal, Chala, queda perfecta y bellamente dibujado en la imagen que el director ofrece al atrapar en el puño de ese niño el vuelo acelerado de una paloma; como si con ello mostrara esas ansias de volar —que no escapar—, de ir más allá de esa ciudad, La Habana desgastada, derruida y quejumbrosa que él habita. Es interesante el contraste que hay entre la necesidad afectiva que tiene Chala y la actividad que, para poder mantenerse a sí mismo y a su madre, realiza en el contacto cuidadoso y amoroso con sus perros, destinados a pelear hasta morir.

La furia y la crudeza presentada en algunas escenas es elegante, limpia, nítida, sin llegar a los excesos, sin desbordarse en una emotividad sin fondo. La película muestra el sufrimiento desgarrador de muchos de sus protagonistas

pero siempre respeta a un espectador al que no se le necesita inundar de lágrimas, llenar de sangre o infligirle el dolor que intenta reflejarnos. Uno llega a sentirse hermanado, compañero de las cuitas dolorosas, de los afanes inagotables de ese acontecer cotidiano en el que no dejamos de ser testigos mudos y nos invita a dialogar internamente.

La muerte del ser que tanto quiere implica el acabar, el romper, con esa inercia existencial que al parecer tiene atrapado a Chala en un laberinto sin salida. Las alternativas se van descubriendo, se van construyendo, enlazando, alcanzando, como un fruto que lentamente ha madurado a través de la mirada, de la compasión, de la mano tendida, del corazón abierto a un niño, pero también de la soledad de su maestra en una vejez que se acerca, de una madre que no acaba de poder consigo misma; en síntesis, de una lucha por sobrevivir. En esos aspectos el filme es claro y no se deja llevar por ambigüedades, no se trata de sobrevivir a costa de lo que sea, no a cualquier precio; se trata de sobrevivir

siendo uno mismo, dejándose enamorar por aquellos que te acompañan, dejándote sentir enamorado por aquellos que te siguen, que te miran, que te escuchan.

La extranjería, la migración, la necesidad de sentirse perteneciente a una comunidad; son temas que se abordan como perímetros en los que la vida se enmarca. Las leyes absurdas y paradójicamente inhumanas que muchas veces intentan proteger a los ciudadanos a costa de dejar en el vacío a los parias, a aquellos que el mismo orden social abandona por intentar hacer perdurar ese orden pretendido, son también algunas reflexiones que Daranas nos propone.

A los doce años es difícil entender una realidad tan complicada como la de Chala, pero la película muestra que esa misma dificultad sigue presente a los veinte, a los treinta, a los setenta; lo importante no es resolverla o comprenderla sino asumirla y atreverse a dar lugar, paso a paso, con el ir y venir de las circunstancias y conflictos, a que la vida se haga propia, se haga nuestra, se haga eso: vida.

## Sergio Garza Saldívar

(Torreón, Coah., 1962) Psicólogo por la Universidad Iberoamericana Ciudad de México, maestro en Teoría Psicoanalítica por el Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos del Distrito Federal y doctor en Filosofía de la Educación por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (Iteso). Sus investigaciones publicadas son: *Hombres, esposos y padres: una aproximación a la masculinidad* (2000); *Actitudes valorales de la familia lagunera* (1999); participó en el análisis de la Encuesta Nacional de Juventud del 2000 y del 2005 para el estado de Coahuila con la publicación de *Los jóvenes mexicanos del siglo XXI: Coahuila* (2002); *Los jóvenes en el estado de Coahuila: región sureste* (2003); *Los jóvenes en el estado de Coahuila: región Laguna* (2004) *Los jóvenes en el estado de Coahuila: región Centro-desierto* (2005) y *Jóvenes Mexicanos: membresía, legitimidad, formalidad y legalidad* (2006). Participación en la publicación bilingüe *Tiempo de híbridos: Entre siglos jóvenes México-Cataluña* del Instituto Mexicano de la Juventud, con el capítulo “Masculinidad juvenil: riesgo e identidad”. En el ámbito privado ejerce como terapeuta con orientación psicoanalítica. sergio.garza@iberotorreon.edu.mx





## Un trío

**Eusebio Ruvalcaba**

(Guadalajara, 1951). Hijo del violinista Higinio Ruvalcaba, A los cuarenta años, con su novela *Un hilito de sangre* ganó el concurso literario Agustín Yáñez; más tarde esa obra fue llevada al cine. Narrador, poeta, periodista y dramaturgo, entre sus muchos títulos destacan *Música de cortesanas* y *Lo que tú necesitas es una bicicleta*. Con el paso del tiempo no sólo se ha consolidado como uno de los escritores más representativos de la literatura contemporánea en México, sino también como uno de los más queridos. Su muy particular estilo de concebir e interpretar el mundo le ha ganado adeptos de muy diversas generaciones, teniendo entre los adolescentes a sus seguidores más asiduos. Su más reciente novela es *Todos tenemos pensamientos asesinos*, editada por Plaza & Janés.  
eusebius1951\_2@yahoo.com.mx

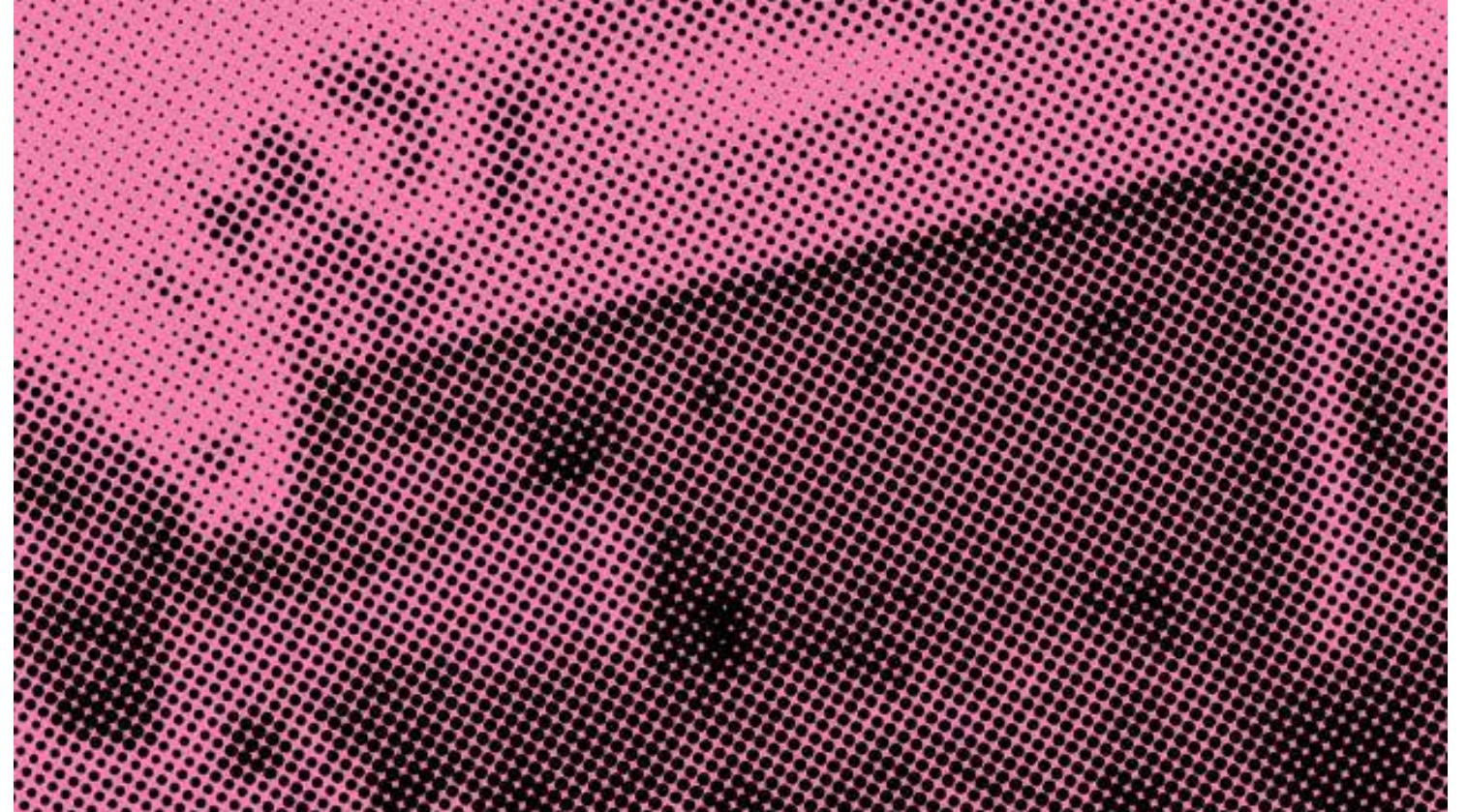
*Para Amalia*

**D**ejó la partitura del trío en el atril del piano. Le atraía ese género. A su esposa Obdulia también. Por eso había emprendido su elaboración. Quería darle gusto en todo. Desde que la había conocido en una plaza pública. Aquel día de lluvia. Con las calles enlodadas. La vio caminar descalza. No resistió la curiosidad, se aproximó y respetuosamente, muy respetuosamente, le preguntó la razón por la que no usaba zapatos. Porque nada más tengo un par, y no puedo llegar con el calzado sucio a mi trabajo. Soy maestra. Con eso le había bastado. Le pidió permiso para formalizar su encuentro. Ella lo miró y le sonrió. Con lo que daba por sentado que lo esperaba. Fue la primera de muchas visitas. Hasta llevarla a los pies de Jesucristo. Pero aquella vez, lo primero que hizo fue presentarse ante los progenitores de la joven. Lo invitaron a sentarse en una sala que se veía tan antigua como perteneciente a un museo de muebles. Cuando el padre le preguntó a qué se dedicaba y él respondió que a la música, le señaló el piano vertical. Joaquín Turina se puso de pie y se dirigió al instrumento. Sus 23 años hablarían por él. Pasó entonces de

Eusebio Ruvalcaba

Beethoven a Chopin. Y enseguida tocó sus propias composiciones. El padre de Obdulia gritó bravo, bravo. Cada grito acompañado de una sonora palmada. Pero a Joaquín Turina no le interesaba la reacción del hombre sino la de su hija. Se volvió a mirarla. Vio aquellos ojos con los que ya soñaba, los vio anegados de lágrimas. Y supo que eran por él. Y para él. Se sintió doblemente orgulloso. Había encontrado el amor de su vida. Como hombre y como músico.

Casi le había escrito la palabra fin a la partitura. Llevaba tres, ahora el cuarto trío que le había brotado desde sus mismas venas. Había esperado más tiempo del prudente para componer la obra y dedicársela. Pero ésas eran cosas que decidía la vida; no él. Escuchó los gritos de sus hijos jugando en el patio. La verdad es que cada vez lo fastidiaban menos. Pero más que otra cosa porque habían crecido, y los juegos casi habían desaparecido. Quizás por eso. Escanció un coñac de la licorera. ¿De verdad Obdulia lo seguía amando como desde un principio? Reparó en que se estaba convirtiendo en otro hombre. Su música era cada vez más aclamada. Tenía el éxito del público y de la crítica. La pasión la vaciaba en su música. Pero no nada más ahí.



También en Aline. ¿Cómo se había enredado con ella? ¿Cuándo? Lo ignoraba. La buscaba en cada concierto. Terminaba, y lo primero que hacía era rastrear aquellos ojos, aquellos labios, aquella naricita respingona. Hasta dar con ella. En ese momento respiraba aliviado. Tendría una noche de amor plena. No tendría que justificarse con Obdulia. No sólo porque ella no iba más a sus conciertos. Simple y llanamente le diría que la fiesta se había armado en la casa de Modesto Olivares, el violín concertino de la Sinfónica de Madrid. Y que, como siempre, había decidido pasar la noche ahí.

Sin embargo, se encontraba en una disyuntiva. De un lado, cada minuto de su tiempo anhelaba pasarlo al lado de Aline. Le bastaba con mirarla desnudarse frente al espejo. De un talle soberbio, con la punta de sus senos mirando al cielo, los muslos delgados y musculosos. Una mata áurea de pelo en el pubis. Muy a su pesar se lo confesaba: ésa era una mujer. Y era suya. ¿Cómo su esposa?

Su esposa...

Más que nunca se sentía obligado con ella. De jóvenes se habían entregado por completo. Quizás por eso toda su música la componía para ella. Sobre todo su música de cámara. Que él veía como un río que brotaba de sí mismo. La amaba pero no como la había amado en su juventud. Ahora era un amor producto de la reflexión.

Obdulia entró a su estudio con un juego de té. “Es la hora de tu estimulante, cariño”. Y se volvió a mirarlo. Con una sonrisa tan dulce como aburrida. Tuvo la intención de darle un beso. Pero prefirió guardarlo para Aline.



# Uncle Henry's<sup>®</sup> I Can't Believe It's Not Capitalism!

Patricio Garza Rabatté

No tiene idea, licenciado. Es la última vez que me dejo llevar por estas cuestiones de presión diplomática. Salí hacia La Habana con sólo un día de aviso. No podía dormir, ya sabe que no puedo dormir. Me tomé el tiempo de leer el caso en el avión: Gary Kissinger, estadounidense, veintitrés años de edad. Acusado de perturbar el orden público y resistirse al arresto. Se negaron a la extradición, insistían en procesarlo ahí mismo. Tres meses a un año y multa a un tipo que jamás ha recibido más que una “palmada en la muñeca”, como dicen los grin-

gos. Honestamente, no quería tomar el caso. Pero los norteamericanos son gente muy persuasiva. Me ofrecieron una de esas cifras a prueba de principios y de pronto ahí estaba.

Tengo experiencia en derecho internacional privado, así que lo único atípico era la aerolínea. Mi esposa quería acompañarme. Le había prometido llevarla a Cuba por nuestro aniversario, pero tenía trabajo. Acordamos hacerlo el mes próximo con el dinero del caso. En fin, llegué apenas con tiempo para desayunar y fui al tribunal. Lidar con lo rutinario sería imposible, lo supe tan pronto trajeron a mi cliente. Gary tenía una playera con un águila calva, no es broma. Se le había confiscado un libro sobre el Nuevo Orden Mundial. Apenas me dieron diez minutos para presentarme con él antes de empezar el juicio. Gary sólo hablaba ‘Murrigan, claro:

—Hola, Gary. Licenciado Eugenio Murillo, para servirte.

—¿Entonces eres mexicano?

—Así es.

—No tienes el acento.

—No conoces el acento.

Gary no parecía entender la situación. Se sentó a esperar como si lo hubieran arrestado por güero.

—¿Qué quieres que haga?

—Sólo guarda silencio —le dije—.

Yo me encargo.

El fiscal habló unos minutos. No había mucho qué litigar. Presentaban un caso sólido, teníamos todas las de perder. Mis instrucciones eran evitar su encarcelamiento, así tuviera que aceptar una multa ridícula. Eso podía resolverse sin problemas. Todo iba bien, pero de pronto Gary escuchó algo que no le gustó y se puso de pie.

—¡That's Bullshit! —gritó. Me le fui encima, pidiendo disculpas al juez.

—Cállate —dije entre dientes.

—Licenciado Murillo, por favor controle a su cliente.

Hubo un receso y me acerqué al jurado. Socialista o no, es difícil resistirse a la generosidad de una familia acomodada. Se resolvió darle a Gary libertad bajo fianza y nos ordenaron salir de Cuba lo antes posible.

Me reporté con mis superiores. Me felicitaron por mi trabajo aunque estaban claramente molestos porque el gasto fue un poco mayor a lo que anticipaban. El vuelo era temprano al día siguiente, así que nos fuimos a registrar a un hotel. Tendría que aguantar a Gary hasta entonces.

—Estoy aburrido —decía.

—Por fortuna mi trabajo no es entretenerte, niño.

Gary estaba muy molesto porque le

prohibí salir del hotel. Me quedé leyendo afuera de su habitación, al cabo no podía dormir. Pedí un té. Traía unas nuevas pastillas de prescripción que me habían recomendado. Triazolam genérico. Me dijeron que una bastaba, pero ningún medicamento me había funcionado. Tomé dos.

Qué fea manera de despertar, con gente sacudiéndote el hombro. Eran casi las dos de la tarde. Me había quedado dormido en pleno pasillo del hotel y Gary había escapado. Me dieron un café muy bueno para reincorporarme.

Al cabo de un rato di con Gary... en el tribunal. Se le arrestó orinando en vía pública en estado de ebriedad, gritando estupidez y media sobre inmunidad diplomática. Eso era en papel, pero las autoridades que lo tuvieron en custodia lo escucharon tocar temas de sensibilidad política. El código penal cubano lo llama “Propaganda Enemiga”, con sanción de uno a ocho años de cárcel. Ése era el riesgo pero finalmente quisieron dejarlo pasar. Se me culpó por negligencia al ser el responsable de Gary, como si fuese un niño, por Dios. Hice todo lo que pude,

pero soltar dinero no fue suficiente y tuve que pasar la noche en una celda con él, de nuevo sin poder dormir. Aun no le digo a mi esposa que se me tiene prohibida la entrada a Cuba de manera permanente.

Al día siguiente volamos a la Ciudad de México y de ahí a Washington. Gary pidió una bebida en el avión. Me la acercó para que oliera el ron y señaló al vaso.

—¿Get it? —dijo con sonrisa de imbécil. De nuevo reflexioné sobre el código penal, esta vez en materia de homicidio. Tomé un respiro y traté de dormir un poco. No pude, claro.

Gary fue recibido por al menos veinte personas en el aeropuerto, festejando su regreso como si se hubiera ido por meses o años. Hasta tenían carteles, en serio. Se escuchaba Living in America de James Brown. Ni siquiera voy a comentar al respecto. Gary no se despidió.

—¿Y qué va a hacer ahora, señor Murillo?

—Escapar cuanto antes del sueño americano. Para mañana en la tarde estaré en Ciudad Juárez, tomando casos más tranquilos.

## Patricio Garza Rabatté

Alumno de la Universidad de Monterrey (UDEM) y miembro del grupo de creadores “Los Marquesitos”. Publicado por la UDEM y la revista *Barrio Antiguo* (narrativa) y el “Colectivo Resortera” (poesía). patogarza93@hotmail.com



# Élmer insiste

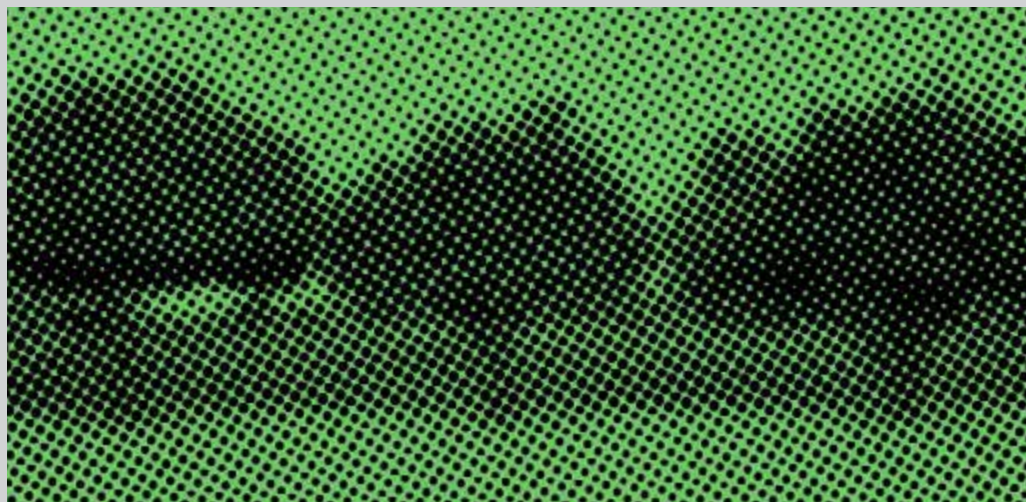
Jaime Muñoz Vargas

No había vuelto a verlo. Aquella tarde llegó cuando todos los prospectos ya estábamos allí, listos para escuchar a la instructora de impecable uniforme institucional. El chico tenía como veinte años, una camisa a cuadros de franela vieja y una horrible cachucha de Élmer el de las caricaturas, aquel agrio cazador que perseguía, escopeta en mano, al Pato Lucas y a Bugs Bunny. Bien visto, el joven que se integró a la mesa era una especie de Élmer precoz, un personaje que sólo podría llamar la atención por su total falta de atributos. El caso es que llegó tarde y la instructora le dijo que se sentara al lado mío. Éramos ocho los aspirantes y de antemano nos dijeron que sólo había margen para dos contrataciones, así que no abrigué muchas esperanzas.

Formábamos un círculo. La instructora, en la cabecera de la mesa, traía un lápiz en la mano derecha y en la izquierda una de esas tablas de broche que usan los entrenadores para tomar notas en el aire. Dio una explicación de entrada, nos felicitó por aspirar a los puestos de trabajo y de antemano nos agradeció a nombre de la compañía líder en la venta de hamburguesas. Luego comenzó la dinámica. Por suerte, lo hizo desde el lado opuesto al sitio que me tocó en la mesa, así que yo sería el último en participar.

## Jaime Muñoz Vargas

(Gómez Palacio, Durango, 1964) Es escritor, maestro, periodista y editor. Radica en Torreón. Entre otros libros, ha publicado *El principio del terror*, *Juegos de amor y malquerencia*, *El augurio de la lumbre*, *Las manos del tahúr*, *Polvo somos*, *Ojos en la sombra*, *Leyenda Morgan* y *Parábola del moribundo*; algunos de sus microrrelatos fueron incluidos en la antología *La otra mirada* publicada en Palencia, España. Ha ganado los premios nacionales de Narrativa Joven (1989), de novela Jorge Ibarguengoitia (2001), de cuento de SLP (2005), de narrativa Gerardo Cornejo (2005) y de novela Rafael Ramírez Heredia (2009). Escribe la columna Ruta Norte para el periódico *Milenio Laguna*. Algunas de sus obras han sido motivo de estudios académicos, tesis y referencias, entre otras, de la Universidad de Misisipi y de Texas, en EU; de la de Utrecht, en Holanda; y de la de Valladolid, en España. Actualmente es coordinador editorial de la Ibero Torreón. Barítono amateur. [rutanortelaguna@yahoo.com.mx](mailto:rutanortelaguna@yahoo.com.mx)



La dinámica consistía en hablar sobre lo que cada uno opinaba sobre uno mismo y sobre asuntos vinculados al trabajo en equipo y la atención al cliente. Me sorprendió que desde la primera aspirante no hubiera titubeos, que todas y todos hablaran con tanto entusiasmo sobre sí mismos y sobre su comportamiento como trabajadores en caso de que los seleccionaran. Escuché frases impensables en otra situación: “Soy superalivianada, me encanta trabajar en equipo y siempre trato de ayudar”. “Creo que soy muy responsable, aseo, puntual, trabajador y colaborador”. “Me gusta superarme, jamás he caído en el ocio y me fascinan los retos, por eso quiero trabajar aquí”. Al oír eso, sentí la obligación de superarlos. Yo tenía la ventaja de ocupar el último turno, así que pensé muy bien en mi autodefinición.

Lo que nadie esperaba era la rara participación de Élmer. Yo había nota-

do que durante todas las exposiciones jamás miró a los aspirantes. Mantuvo la barbilla clavada en su pecho, se veía fijamente las nerviosas manos y con frecuencia volvía al tic de reacomodarse la gorra con un jaloncito en la visera. La instructora lo interrogó.

—Es tu turno, preséntate y dinos cómo eres.

Élmer, sin levantar la cabeza, habló como para nadie.

—Me llamo Octavio. Creo que no me gusta convivir y jamás he querido trabajar en nada. La gente me desagrada así como yo le desagrada a la gente, y no tengo ningún deseo de cambiar. No puedo ocultar además que odio la comida rápida. También odio competir...

Todos quedamos mudos, noqueados ante tamaña exposición. Luego de unos segundos de desconcierto, la instructora pudo articular una pregunta estúpida.

—¿Entonces no quieres trabajar aquí?

—No, sería repugnante trabajar aquí. Siento lástima por todos ustedes.

Dicho esto, empujó la silla hacia atrás y lo vimos salir del restaurante a paso lento. No sé qué pensaron los demás, pero en silencio le di la razón. Cuando Élmer desapareció, la instructora dijo “pobre” y luego, mirándome, continuó.

—Bueno, el último turno, preséntate y dinos cómo eres.

Hablé, creo que hablé bien, tanto que una semana después me llamaron para informarme que fui elegido. Han pasado tres años ya desde que entré, y ahora, entre otras responsabilidades, soy instructor en dinámicas de inducción. Por eso me sorprendió ver a Élmer en la mesa, idéntico a la imagen que yo conservaba de su facha y de su tic en la visera. Cuando le tocó su turno (eran seis chicos en pos de dos puestos de trabajo) repitió todo, como si su vida consistiera en suicidarse cada vez que competía.



# La hora del lobo

Armando Oviedo Romero

*A la memoria de Federico Campbell*

*Somos un parpadeo en la historia*

GONZALO ROJAS

**S**e anticipa a la noche. Va por la última ciudad con paso torpe de gigante agiotista, son los días en que el polvo de estrellas amenaza a los edificios añosos.

Un rumor vaporoso y jediondo sale de las alcantarillas, les levanta el ánimo a los vagabundos y los teporochos nacen de esa herrumbre. Cajas rumbosas y en pinganero forman barricadas en el zócalo; en este lugar con minúscula se delata lo prehistórico y nos pone en evidencia como dignos herederos de los hombres antiguos.

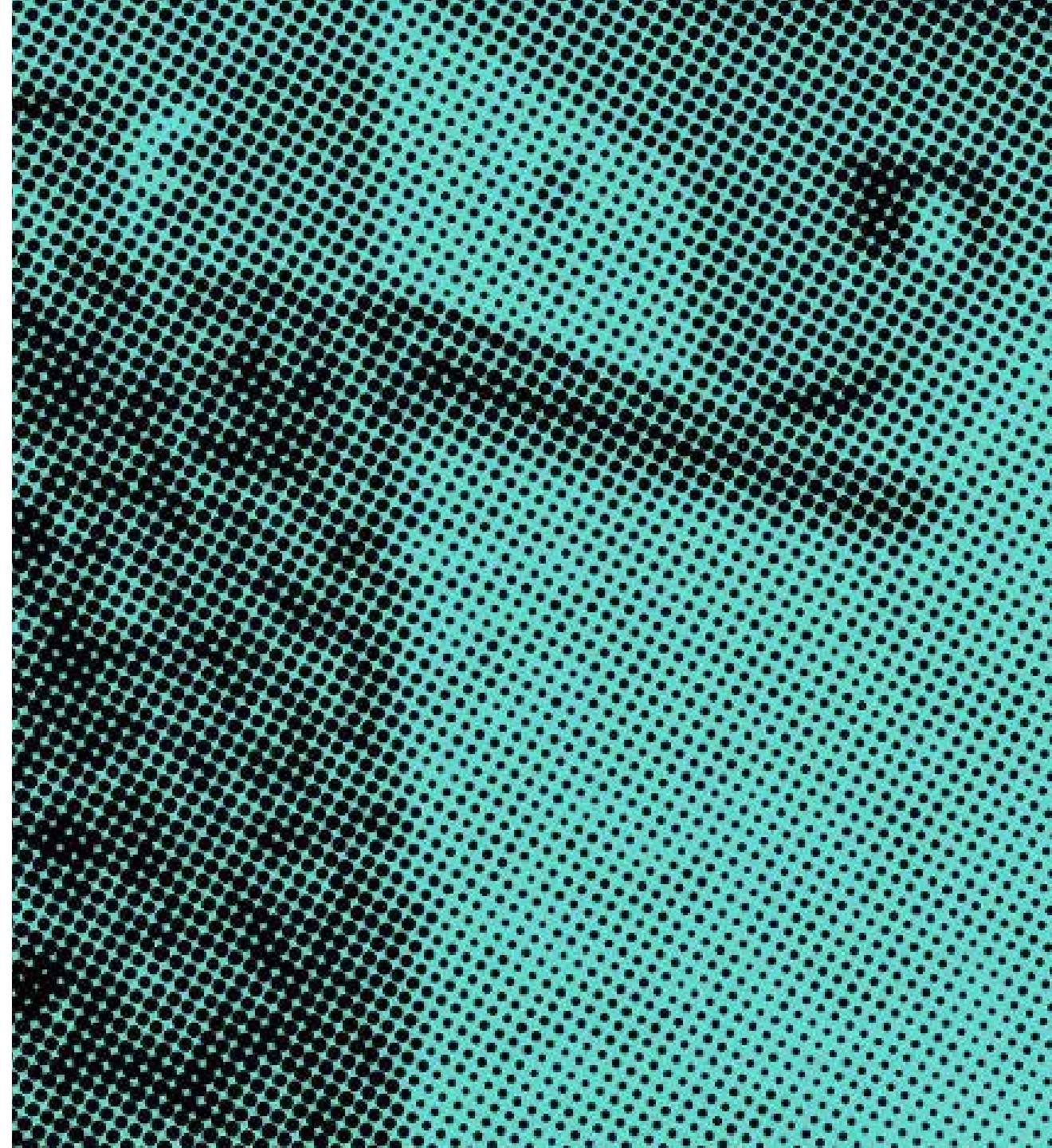
Se oyen las quejas de los callejones sin salida al sol poniente. El antojo del Cíclope es de grises en una tarde que perdió sus colores elementales ¿por cuáles decidirse si la medida es en tonos que van del negro al blando blanco?

Pero el cíclope no se intimida, mide su distancia con el ojo en medio de la afrenta, es el pensamiento en placas. Peina el paisaje, otea el horizonte, compone cuadros de tragedias. En la memoria corre la cinta de lugares como Estambul, Marruecos, Nueva Delhi, ruta imaginada por las moscas cosmopolitas que en tropel lo rodean. Esos puntos suspensivos que el aire compone en el cuadrante solitario de las calles llenas de mercaderías para chicas y grandes ilusiones robadas.

Prepara y apunta. El gigante dispara sin tentarse el corazón, la centella del ojo estampa en las paredes de cantera a tenues fantasmas, sus víctimas no pierden el alma, ganan un cuerpo de luz.

## Armando Oviedo Romero

(Distrito Federal, 1961). Poeta, narrador y ensayista literario. Estudió sociología en la ENEP-Aragón de la UNAM. Ha sido coordinador de talleres literarios; coordinador editorial de *Periódico de Poesía*. Colaborador de *Casa del Tiempo*, *El Asir*, *Gaceta* (UNAM), *Ixtus*, *Sábado*, *Tierra Adentro*, y *Viceversa*. Becario del Fonca, en ensayo, 1993-1994. Primer lugar en el Concurso de Cuento Punto de Partida 1988. Premio de Periodismo Cultural Encuentro de Dos Mundos Coahuila 1992. Autor de *De entrada por salida*, *En seres menores*, *Cazar al vuelo*, *Tres tristes trípticos*, entre otros títulos. Actualmente es Jefe de Talleres Artísticos en Difusión Cultural de la Universidad Iberoamericana ciudad de México.  
armando.oviedo@uia.mx



Ebrio de sombras persigue al caminante, detiene en su silbido al enamorado, coquetea con las ninfas que pastorean en el jardín de los deshechos (hombres con corazones rotos y sucios, tirados en mitad de la calle); le habla al escritor a punto de ser atropellado por la fama.

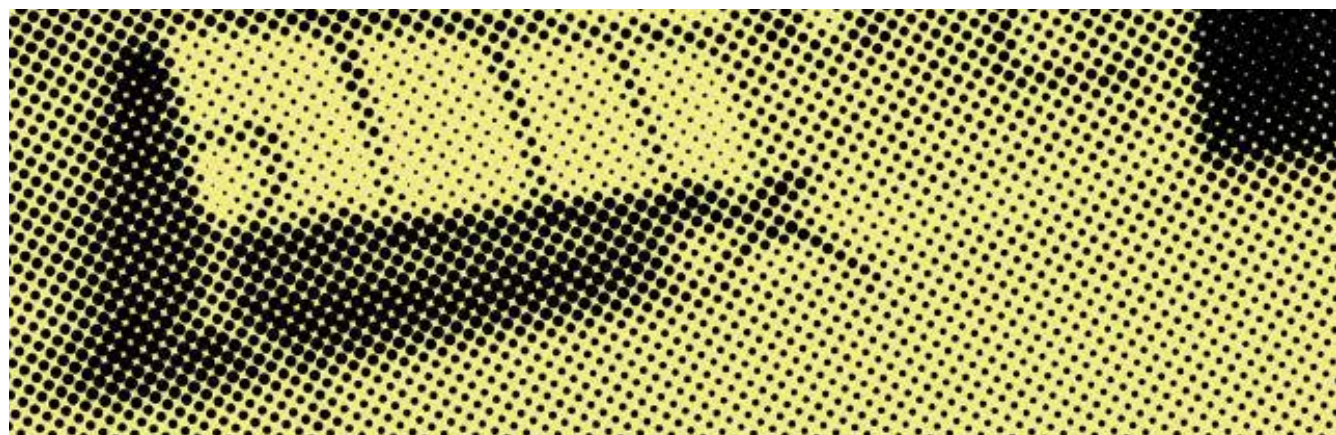
Todo permanece en la orilla de la tarde, después que el sol hizo de las suyas haciendo suyas a las mujeres que dieron luz verde a sus pasiones gratuitas.

Oscurece en el ojo del cíclope goloso que babea desde la bobina cara. Cámara oscura de ojo avizor que vio lo que las sombras se tragan en la hora del lobo.



# Cuaderno escolar de poesía

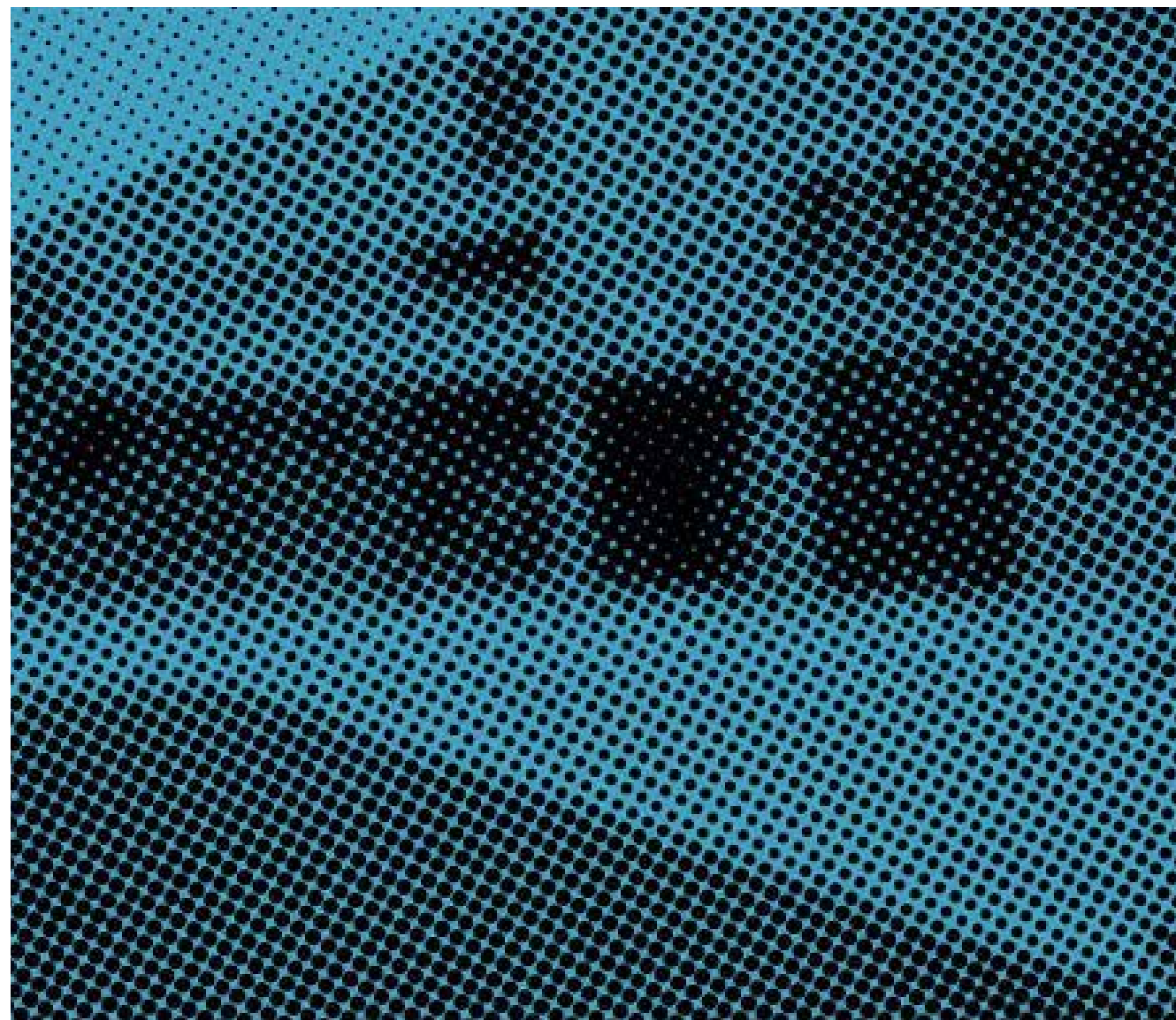
José Guadalupe Castro González



Una libélula blanca camina despacio sobre el cuaderno,  
entra a la hoja y desaparece en la blancura, se hace luz.  
Suenan en un renglón un pequeño tambor de hojalata,  
lo toca un dibujito que es un niño con el pelo rojo y pecas...  
y aparecen en la página los soldaditos de plomo,  
y se van haciendo pequeñitos  
hasta desaparecer en la línea azul de los renglones.  
Brotan flores blancas del mismo papel,  
con trazas rojas y amarillas,  
y una luna pequeñita brilla de pronto en medio de la página,  
hasta que un sol anaranjado brota al otro lado de la hoja.  
Una bicicleta del siglo diecinueve  
pasa flotando a través de este universo de papel blanco...  
por allá brotan estrellas, por acá se le trozó la punta al lápiz,  
por más allá florecen unos pájaros y otras palometas;  
unos duendes pequeñitos se fueron corriendo hacia el fondo de la página  
y volvieron con una lámpara de aceite para iluminar el tiempo.  
Es solamente la página de un cuaderno,  
pero es maravillosa, como la posibilidad de todos los universos.  
Un diminuto carro de caricatura ha dado vuelta entre dos letras,  
luego se abre una ventanita entre los renglones

**José Guadalupe Castro González**  
(La Paz, Baja California Sur, 1975).  
Es egresado de la Licenciatura en  
Lengua y Literatura Universal de  
la Universidad Autónoma de Baja  
California Sur. Ha impartido clases  
en la propia universidad y en la Pre-  
paratoria Morelos (CCH-UNAM).  
josegcg2013@gmail.com

y aparece una princesa con el pelo rojo y corona de cristal,  
y ella se pone a cantar los nombres de las estrellas  
y les habla por su nombre a las flores del otro lado de la hoja,  
quiere que vengan a contemplar el terciopelo blanco entre los renglones  
y unos delfines de gamuza que han volado más allá del resorte del cuaderno.  
Una pluma con tinta negra se acerca desde las nubes  
y traza la línea exacta del mediodía, de la media noche,  
de cualquier brujería que se pueda trazar con las palabras.  
Es entonces que este cuaderno se abre a lo imaginario,  
y ya tiene sus soles y su montón de estrellas lejanísimas  
para configurarse en sí mismo como un universo completo.  
Sólo una página y ya surgieron varios mundos imaginarios,  
sólo un trazo del lápiz y surgieron flores a raudales.  
Los renglones esperan más palabras, y de pronto nada:  
se ha terminado de imaginar lo que iba en esta hoja.





## Dos poemas

Gabriel Granados Gutiérrez

### Consentimiento

**A** veces siento que vivir es divertido  
 a veces prefiero quedar mudo y ver la desesperación de las ciudades  
 acero y el hormigón no podrían amordazar los cuerpos abatidos  
 [de cada uno de nosotros  
 sin nuestro consentimiento.

### Criminales

Como un reloj en la arena  
 memoria y cuerpo retumban  
 la luz es ocasión para el exilio  
 en los largos ojos del invierno  
 mar y alba serán espasmo  
 para un país sordo no existen las canciones  
 (¡cuánto puede cantarse mientras se sabe que hay vida!)  
 y los días aúllan por las calles sin respuestas  
 y el hocio de nuestra avaricia es tan grave como un naufragio  
 ¿cómo sentirse héroe donde se necesitan criminales?

### Gabriel Granados Gutiérrez

(Torreón Coahuila, México, 1976)  
 Escritor, sociólogo y docente. Vive en Torreón. Ha publicado poesía, ensayo y cuento en múltiples revistas y periódicos de México. Parte de su obra fue seleccionada y publicada en las antologías *Bosquejo de la noche* (Dirección Municipal de Cultura de Torreón, México, 2012), *Poesía ahora. Nueva poesía coahuilense* (Atemporia, México, 2014) y en *Versos desde el corazón* (Diversidad literaria, España, 2015). Su web es <http://speedsterggg.wix.com/pulsion>  
[speedsterggg@hotmail.com](mailto:speedsterggg@hotmail.com)

## Laguna clara

Julio César Félix

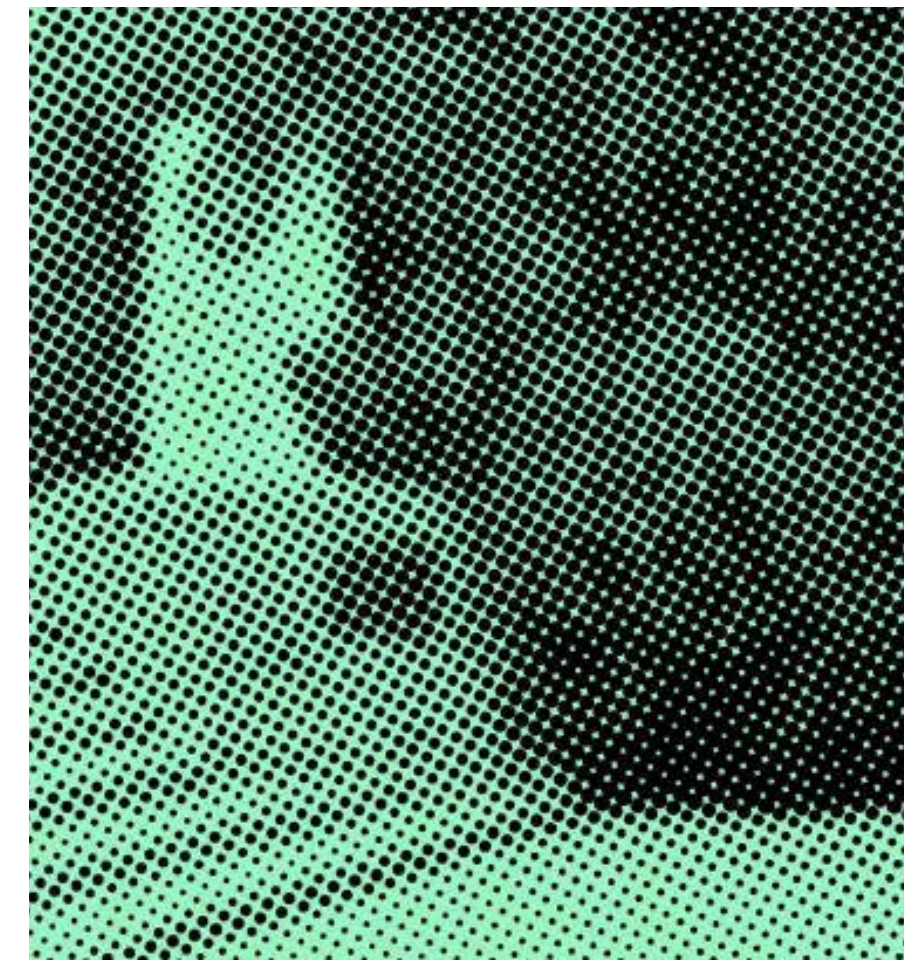
*Julio César Félix trabajó durante siete años en el área editorial y docente de la Ibero Torreón. Ahora que abrazará nuevos emprendimientos aprovechamos esta colaboración para agradecer su labor y desear que siga obteniendo logros importantes en lo venidero.*

**S**obre un claro amanecer en el desierto lagunero  
 y la sombra de  
 Tetis fantasmal:  
 las dunas de Bilbao  
 y los gigantes remueven  
 casi imperceptibles la tierra ancestral:  
 las piedras siguen rodando  
 sobre esta Laguna de Mayrán.

Permanecemos sordos y ciegos  
 Ante tanta blancura en el horizonte.

### Julio César Félix

(Navolato, Sin., 1975). Estudió Letras Hispánicas en la UNAM, en cuyo Centro de Teatro impartió las materias de Lengua Española e Historia de las Ideas. Es autor, entre otros, de los libros *De noche los amores son pardos* (1999), *Al sur de tu silencio* (2005), *Imaginario de voces* (2008), *Mis ojos el fuego* (2010), *En el Norte ya no hay playas* (2011), *Laguna's night club* (2013) y *Nacimos irritilas en el acuario del mundo* (2013). Ganador del concurso de poesía de los juegos florales nacionales de La Paz y finalista del Premio Internacional de Poesía Desiderio Macías Silva. *Mis ojos el fuego* será traducido próximamente al portugués. Actualmente es becario del PECDA en BCS, en la categoría de creadores con trayectoria. Trabaja en la Ibero Torreón.  
[jucefele@yahoo.com](mailto:jucefele@yahoo.com)





## Muestra del Taller Literario

A continuación presentamos poemas de Andrés Alberto Guerrero y Fernando Cuadros, alumnos del segundo semestre de la carrera de Ingeniería Ambiental, asistentes regulares al Taller Literario de la Ibero Torreón. Aquí una muestra de lo que están escribiendo.

### INSTRUCCIONES PARA UN AMANECER

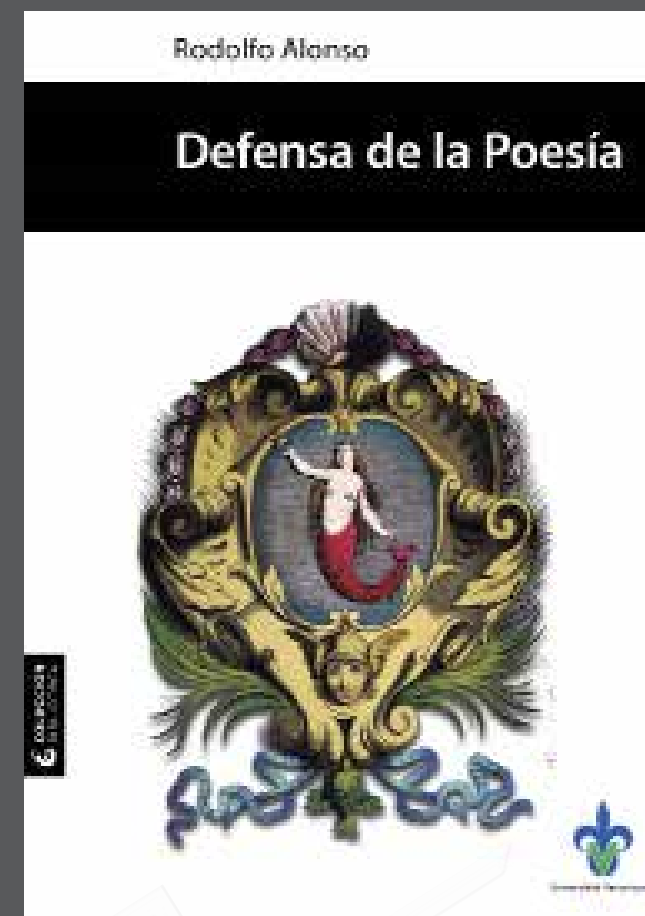
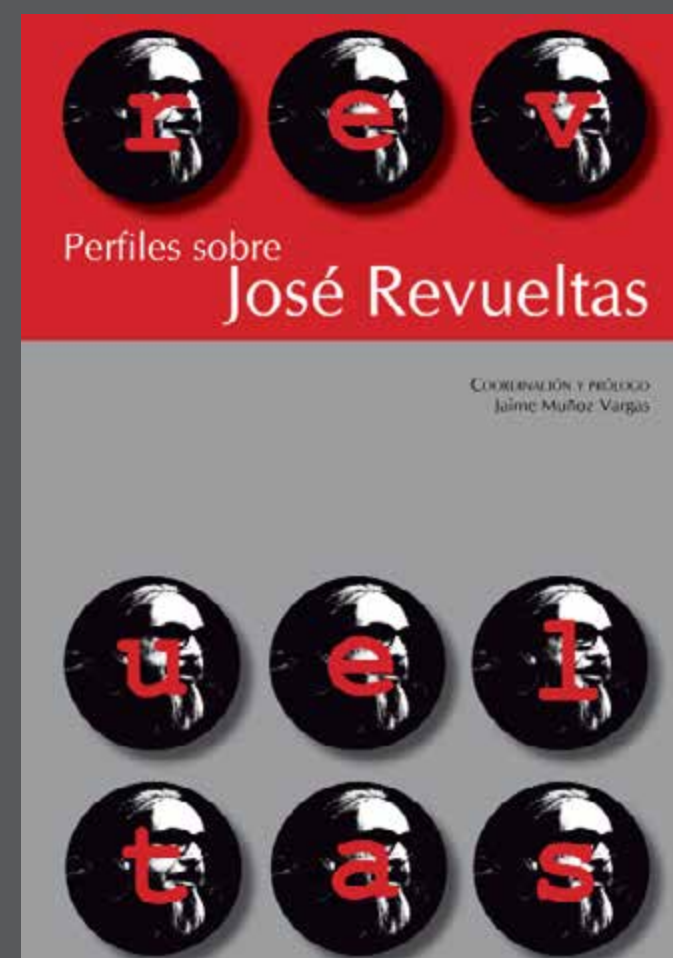
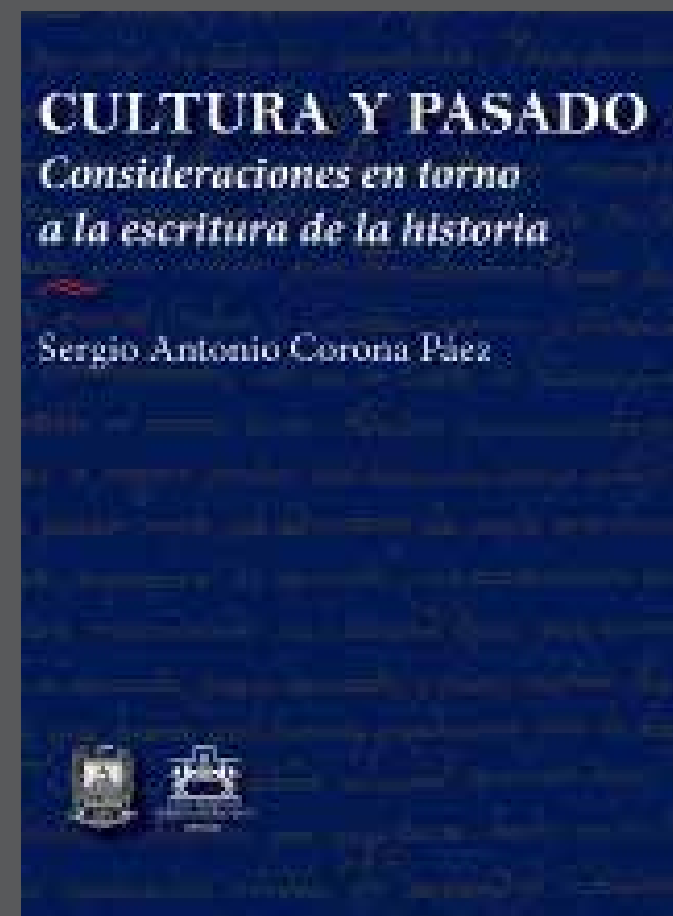
ANDRÉS ALBERTO GUERRERO

A la luna nadie la corrige;  
no hay instrucciones para un amanecer.  
Todos los fuegos son de antología  
(El inventor del fuego temía a la oscuridad).  
Nadie ha visto un relámpago que titubea.  
Todo tiempo, también este momento, tiene lugar para el trueno.  
Dicho esto, ningún lugar de tu piel es incorrecto.  
Ríos justos corren por tu tierra,  
hay nenúfares en tu vientre de agua.  
Ríos benditos que terminan en laguna.  
Allí nada marchita;  
las cosas saben a mañana.  
Las piedras cantan.  
Los ciervos se acercan a beber.  
El miedo se vuelve limonada.  
El silencio se vuelve carnaval.

### RECUERDOS BORROSOS

FERNANDO CUADROS

En aquella ventana me proyecto a tu lado.  
El olvido se contrapone a la nitidez que observo.  
Intento verte y sentirte, sin resultado.  
Esta soledad me convierte por unanimidad en siervo.  
Al tocar mis labios, duros y agrietados por la edad,  
mi mente me corrompe,  
anhela tu dulce irrealidad que sólo te sueña.  
Ahora, entre gotas de mar,  
vislumbro tus cartas recordando años de amor,  
que consideraba inagotables,  
y que ahora, en otra realidad, tan sólo no estás.



LIBROS PUBLICADOS EN 2015 POR EL CENTRO DE DIFUSIÓN EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TORREÓN:

*Cultura y pasado. Consideraciones en torno a la escritura de la historia*, Sergio Antonio Corona Páez, UAdeC-Universidad Iberoamericana Torreón, Saltillo, 2014, 124 pp.

*Defensa de la poesía*, Rodolfo Alonso, Universidad Veracruzana-Universidad Iberoamericana Torreón, Xalapa, 2014, 115 pp.

*Perfiles sobre José Revueltas*, varios autores, Conaculta, ICED, Centro Cultural José Santos Valdés, Universidad Iberoamericana Torreón, Durango, 2014, 100 pp.

SERÁN PRESENTADOS Y PUESTOS A LA VENTA EN LOS PRIMEROS MESES DE 2015



# Acequías

REVISTA DE DIVULGACIÓN ACADÉMICA Y CULTURAL

*Acequias* es una revista interdisciplinaria que aparece tres veces al año: en Primavera (abril) Verano—Otoño (agosto) e Invierno (diciembre). Es editada por el Centro de Difusión Editorial de la Universidad Iberoamericana Torreón y dirigida sobre todo a la comunidad que integra la Ibero Torreón y el Sistema Universitario Jesuita.

Se llama *Acequias* porque es una palabra con la que se identifica la atmósfera agrícola de La Laguna, además de que esta palabra contiene entre sus grafías las siglas de nuestra Universidad: *Aceq—uia—s*.

Su acceso en la página web de la Ibero Torreón es gratuita para todos los usuarios de internet, y todos los ejemplares permanecen disponibles sin restricción de tiempo y lugar.

Si eres alumno o ex alumno de cualquier programa académico, personal académico de tiempo o asignatura, personal administrativo o de servicio, miembro de asociaciones vinculadas con la Universidad o amigo de la Ibero Torreón, *Acequias* te invita a colaborar con ensayos, artículos, entrevistas, crónicas, reseñas de libros y películas, textos de creación literaria o viñetas. En consideración a la diversidad de lectores a la que está dirigida la revista y a su espíritu divulgativo, recomendamos evitar vocabulario especializado, así como excesivo aparato erudito. Los textos deberán estar escritos de manera clara y bien estructurada. Te sugerimos considerar la fecha de salida del siguiente número al decidir que colaborarás.

La extensión de las colaboraciones es de dos a cuatro cuartillas a doble espacio en fuente Arial de entre 12 y 14 puntos. Los colaboradores deberán entregar el original en versión digital. Los textos deberán llegar complementados con la siguiente información:

- Nombre del autor
- Dirección y teléfono
- Área de trabajo, estudio o relación con la Ibero Torreón si la hay
- Breve información curricular
- Autorización para agregar la dirección electrónica en la ficha de autor

El Comité Editorial, sin conocer el nombre y procedencia de los autores, determinará la inclusión de los materiales recibidos dentro de la revista según criterios de calidad, oportunidad, pertinencia, extensión y cupo. Los textos que lo requieran recibirán corrección de estilo. Debido a la gran cantidad de colaboraciones propuestas para su publicación, el Comité Editorial no asume la tarea de emitir sus dictámenes a los autores por ninguna vía.

Los materiales propuestos deberán ser entregados o enviados al Centro de Difusión Editorial de la Ibero Torreón. También pueden ser entregados a los editores o enviados a la dirección electrónica: [publicaciones@iberotorreon.edu.mx](mailto:publicaciones@iberotorreon.edu.mx) y [jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx](mailto:jaimemunoz@iberotorreon.edu.mx). La fecha de cierre del número 66 de *Acequias* será el 15 de julio de 2015.

Formula  
Vive en movimiento

## Maestrías

- Administración y Alta Dirección
- Administración de Proyectos
- Desarrollo Humano
- Diseño Estratégico e Innovación
- Historia de la Sociedad Contemporánea
- Ingeniería de Calidad
- Terapia Familiar
- Educación y Procesos Docentes

## Doctorado

- Investigación de Procesos Sociales

Conoce nuestro nuevo programa de descuentos.  
¡Más y mejores oportunidades para ti  
y para las empresas!

Más Informes (871) 705 1068  
[posgrados@iberotorreon.edu.mx](mailto:posgrados@iberotorreon.edu.mx)

[www.iberotorreon.edu.mx](http://www.iberotorreon.edu.mx)

f & t /iberotorreon

IBERO  
TORREÓN

UNIVERSIDADES  
JESUITAS  
EN MÉXICO

